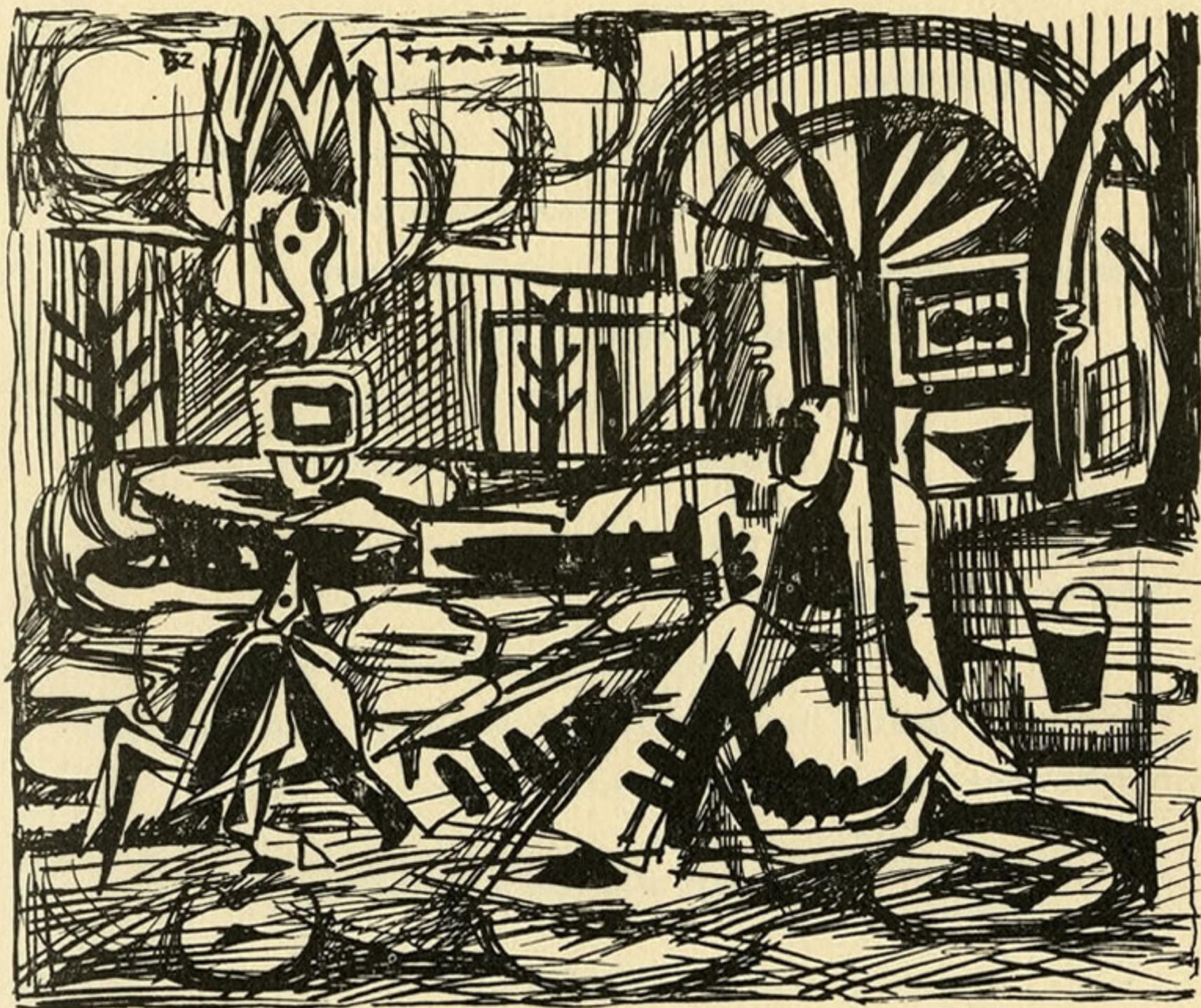
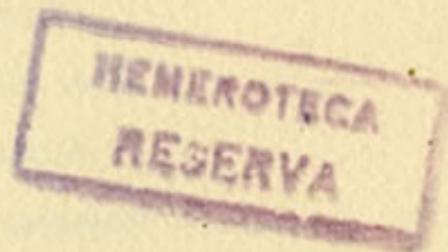


# ORIGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA



# ORÍGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

*DIRECTOR:*

JOSÉ LEZAMA LIMA

*CONSEJO DE COLABORACIÓN:*

ELISEO DIEGO

FINA GARCÍA MARRUZ

ÁNGEL GAZTELU

LORENZO GARCÍA VEGA

JULIÁN ORBÓN

OCTAVIO SMITH

CINTIO VITIER



Todas las colaboraciones y traducciones  
son inéditas.



Ejemplar suelto . . . . . \$ 0.50

Suscripción al año . . . . . „ 2.00

Suscripción en el extranjero . „ 2.50



*Redacción y Administración:*

JOSÉ LEZAMA LIMA

Trocadero, 162, bajos

La Habana - Cuba

*Talleres:*

Impresores: ÚCAR GARCÍA, S. A.

Teniente Rey, 15 — La Habana, Cuba

# S U M A R I O

EUGENIO FLORIT: *El otro ardor*

MANUEL ALTOLAGUIRRE: *Poemas para ORÍGENES*

ELISEO DIEGO: *Avisos*

R. FERNÁNDEZ RETAMAR: *Toco tus bordes*

FINA GARCÍA MARRUZ: *Visitaciones*

PBRO. ÁNGEL GAZTELU: *Voz en desierto*

LORENZO GARCÍA VEGA: *Mirada de las cosas*

FAYAD JAMIS: *Claro reino*

JOSÉ LEZAMA LIMA: *Para llegar a la MONTEGO BAY*

FAUSTO MASÓ: *La llave*

PEDRO DE ORAÁ: *A lo menos*

OCTAVIO SMITH: *Azar de diálogos*

NIVARIA TEJERA: *El barranco*

CINTIO VITIER: *Palimpsesto*

## N O T A S

Roberto Fernández Retamar: *Vísperas*

Dos notas sobre *Analecta del reloj*, de José Lezama Lima

Diez años en ORÍGENES. Advertencia

Homenaje a ARTHUR RIMBAUD

Portada de FAYAD JAMIS

# O R Í G E N E S

AÑO XI

LA HABANA, 1954

NÚM. 35

## El Otro Ardor

NO hay que volver. Que la aventura es ésa:  
al cielo van el sueño y la saeta  
y por el cielo, ángeles y estrellas.

Velas del sino sobre el mar. Destino  
de seguir a los vientos en su giro  
por bajar con las aguas de los ríos

hasta dar en la vida, de manera  
que sin dejar de ser todo se vuelva  
como junto a la luz queda la cera.

Y entonces al pisar los altos suelos,  
como que ya no pesa el pensamiento,  
se como flota, como vuela ardiendo,

como cruje al morir la enredadera  
por los vientos de otoño sola y seca  
junto al morir del sol que brilla apenas.

Todo este ardor, qué rastro va dejando  
de pequeño vibrar, de oscuro paso  
por sendero de bosque abandonado.

Y cómo al fin del sueño se apodera  
un liviano quehacer—la ligereza  
del otro ardor, de la tortura inmensa

de no querer lo que queremos, hasta  
que por el arte nos abrasa y alza  
y de un tirón nos arrebató el alma.

EUGENIO FLORIT

23 de Marzo de 1954.

## Poemas para "Orígenes"

Hijo de la oración,  
cada mañana  
dejo el seno del cántico,  
me desnudo del himno que se eleva  
a la gloria de Dios  
y desde el polvo  
me atrevo a murmurar  
tristes palabras.  
Escribir es nacer,  
dejar la cristalina  
morada de inocencia  
donde ya no estoy.  
Mi verso tiene formas maternas,  
es nube sobre el mar  
y una gota de lluvia  
es niño que en la arena se entretiene  
con las espumas y las caracolas.  
Mi padre está en los cielos  
y yo me siento alegre  
nacido de su verbo,  
de dónde salgo cada día.

\* \* \*

Bajo el peso de la noche  
mi vida es una llanura  
que da sostén y alimento  
a grandes frondas oscuras.  
Estoy enterrado en penas  
y nace en mí una columna  
con su simiente de estrellas  
de luces y de amarguras.  
Si está tan triste la noche  
está triste por mi culpa.

Huyo del mal que me enoja  
buscando el bien que me falta.  
Más que las penas que tengo  
me duelen las esperanzas.  
Tempestades de deseos  
contra los muros del alba  
rompen sus olas. Me ciegan  
los tumultos que levantan.  
Nido en el mar. Cuna a flote.  
La flor que lucha en el agua  
me sostiene mar adentro  
y mar afuera me lanza.  
Cierro los ojos y miro  
el tiempo interior que canta,  
donde flotan otras cunas,  
otras flores, otras barcas,  
recuerdos de otras tormentas,  
heridas de otras batallas.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

## Avisos

*A Dinorah*

### LOS TIEMPOS

EL tiempo del Paraíso es el suave gotear del agua, cuando acaba de llover, entre las hojas del plátano.

El tiempo del Infierno es la humedad que encontramos debajo de las grandes piedras, manchando la mañana.

El tiempo del Paraíso es la transparencia del agua.

El tiempo del Infierno es la transparencia del espejo.

El tiempo del Paraíso es el Rey Mago de barro que está en los Nacimientos.

Y el tiempo del Infierno es un Rey de la Baraja.

### EL CORO

EL mal tiempo vive allá en la viga oscura, cerca del rumor de la lluvia, su amiga.

¿No has oído la queja y el tumulto de los pinos? Es el mal tiempo que pasa con sus perros livianos, allá en la vuelta del trillo.

A la noche se queda en la laguna, y va contado en voz baja sus famosas hazañas, mientras el coro de las ranas, monótono, lo elogia sin medida.

## EL SACO

¿NO ha de venir el buen tiempo, lleno su saco de flores, de escarabajos, de piedras chinas y animosos grillos?

Ha de venir el buen tiempo que mira, con sus vagos ojos azules, la dicha antigua.

El que se enseria de pronto, y pasa la mano sombría por la frente, y susurra unas palabras sin sentido, que entristecen.

El buen tiempo, con su saco de asombros, de prodigios.

## EL RELOJ DE CAMPANILLAS

JUNTO a la verja del cementerio está el demonio, de pluma escarlata y capa oscura.

Salta de pronto el demonio, porque ha oído reír al viejecillo de los sauces.

En el hueco del sauce está el viejecillo, haciendo volar y tomando otra vez su reloj de campanillas.

“Yo tengo una cosa”, raspa el viejecillo, “yo tengo una cosa”.

Y el demonio aprieta convulso su capa, y huye.

## EL LUNES

VIENE afilado el lunes, y trae su cachiporra.

¿A dónde va el lunes con su cachiporra, negro un costado, el otro rojo?

A tumbarte la puerta va el lunes, a tumbarte la puerta.

## AVISOS

NO es prudente confundir el reflejo de la luna con el útil bastoncillo del tiempo.

Fácil es confundir el chapaleo del agua con la murmuración de la rota boca del tiempo.

No es prudente confundir el crepúsculo con la buena voluntad del tiempo.

Fácil es confundir una constelación con la antigua, angustiosa botonadura del tiempo.

No es prudente confundir las ráfagas con los tumbos que da el ciego, vacilante, anciano corazón del tiempo.

## LA TELA DE ARAÑA

NO para las ágiles moscas, no para las audaces libélulas teje la araña su tela.

No para el sol, no para la penumbra suavísima.

No para el polvo teje la araña su tela.

Sino para aquel que pasa y no lo vemos, sino para aquel que pasa, y no lo vemos.

ELISEO DIEGO

## Toco tus Bordes

TOCO tus bordes. Ha confiado el corazón,  
creyó (era la tarde, cesaba el crujido):  
era quizás posible que lo verdadero  
fuera ese árbol, fuera esa nube,  
fuera esa calle conocida, ahora ignorada;  
lo cierto era (así pensaba) ese carro que baja  
sobre las piedras totales de la infancia,  
la conversación infinita del hogar,  
hecha del ruido de una madre y  
del apego de los huesos y de los golpes  
recibidos en lo más tierno del día  
y de un otoño de palabras y de un llanto que rompe.  
Sólo veo realidades, sólo hablo  
yerbas, aceras, amigos,  
sólo espesor me ayuda, solo estoy  
contra mi alma, aguardando, dando  
lo que me reste, sólo miro la línea  
que, en efecto, traza la esposa,  
como el claro lleno que al marcharse,  
llena de esplendor, ungida, deja la noche.  
Nada esperaba, pero me rodea un bosque  
de cruel plenitud: tristísima alegría  
que no solicité, dulce dolor que acaso  
no fué destinado a mi oído, melodía  
de la vida, todavía no te entiendo,  
eres oscura aun. Como un empuje  
de cuerpos por el sueño, como el empujón  
de las bestias en la planicie,  
voy a confiar, camino temblando hacia tu pecho.

## SÓLO EXISTE

SÓLO existe de veras quien dialoga,  
y rostro a rostro con el gran aire,  
en jadeo con las cosas totales,  
les va sacando voces, letras  
que con dura piedra negaban.

Sólo es quien agrietó la luz  
y le vió la terrible cara dorada,  
le vió el hueso a la mañana,  
el polvo fijo al árbol, al  
que va riendo, su quemadura.

Pero pesa como definitivo hierro,  
siendo, ése de vista verdadera  
que ve las alcándaras del aire,  
el delicadísimo halcón de la tarde  
cayendo sobre oscura presa.

## NO HAY NOCHE

NO hay noche que no vuelva:  
sube las lentas horas  
oscuras, va apagando  
el libro entre las manos,  
el ruido de vivir,  
hace como un cristal  
silencioso y vacío,  
y vuelve su caída  
sobre los ojos, siempre  
con nuevo asombro; vuelve  
la total volteadura

de los prestados huesos:  
llega otra vez la amada  
de venideras nupcias  
seguras, la certeza  
de devolver los ojos  
que son miradas, los  
dientes que son estrofas,  
la pierna que es andar.

Recuerdo de morir,  
larga mano: no faltas  
jamás, retornas, silbas  
tu canción en mi oído.  
(Una noche no habrá  
en el dejado lecho  
cabeza para oírte.)

#### EL ÁNGEL QUE ENTRÓ POR LA VENTANA

EL ángel abre la ventana,  
entra—su rumor se va esparciendo—,  
aparta las cosas diarias,  
avanza por el corredor,  
va hacia mi cuarto, hacia mi silla  
(dejo el libro, el papel, la idea),  
desajusta la piedra del piso,  
mueve con su aliento la tela  
de la camisa, hace una grande,  
delgada sombra iluminada  
que cae sobre mi cabeza,  
se acerca, está quizás  
ya merodeando los oídos.

Pero se cae una risa, un miedo,  
una sorpresa, caen, se agigantan  
como vasos de plata en la noche,  
llenan de alaridos la estancia,  
de ruidos como grandes círculos,  
de músicas, de lanzas.

Cuando me vuelvo, sorprendido,  
bate el aire la sola ventana.

#### HACIA EL ANOCHECER

*“Que allí tuve un buen amigo”*  
JOSÉ MARTÍ

HACIA el anochecer, bajábamos  
por las humildes calles, piedras  
casi en amarga piel, que recorriamos  
dejando caer nuestras risas  
hasta el fondo de su pobreza.  
Y el brillo inusitado del amigo  
iluminaba las palabras todas,  
y divisábamos un poco más,  
y el aire se hacía más hondo.

La noche, opulenta de astros,  
cómo estaba clara y serena,  
abierta para nuestras preguntas,  
recorrida, maternal, pura.  
Entrábamos a la vida  
en alegre, en honda comunión;

y la muerte tenía su sitio  
como el gran lienzo en que trazábamos  
signos y severas líneas.

### EL POEMA DE HOY

EL poema de hoy, cuando ya el día  
quebró la frente oscura y dispersó  
en múltiple caída las estrellas,  
y ocupó todo el mundo el sitio  
abandonado o desconocido;  
el poema de hoy es el de siempre,  
el de luego, el de entonces,  
el solo poema que una mano  
traza sin cansarse y alegre  
sobre un papel que vuela vasto,  
y donde pone noches, espacios,  
astros, ígneas llamadas  
que a la tarde regresarán  
a conversar con nosotros.

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

## Visitaciones

1

CUANDO el tiempo ya es ido, uno retorna  
como a la casa de la infancia, a algunos  
días, rostros, sucesos que supieron  
recorrer el camino de nuestro corazón.  
Vuelven de nuevo los cansados pasos  
cada vez más sencillos y más lentos,  
al mismo día, el mismo amigo, el mismo  
viejo sol. Y queremos contar la maravilla  
ciega para los otros, a nuestros ojos clara,  
en donde la memoria ha detenido  
como un pintor, un gesto de la mano,  
una sonrisa, un modo breve de saludar.  
Pues poco a poco el mundo se vuelve impenetrable,  
los ojos no comprenden, la mano ya no toca  
el alimento innombrable, lo real.

2

UNO vuelve a subir las escaleras  
de su casa perdida (ya no llevan  
a ningún sitio), alguien nos llama  
con una voz querida, familiar.  
Pero ya no hace falta contestarle.  
La voz sola nos llama, suficiente,  
cual si nada pudiera hacerle daño,  
en el pasillo inmenso. Una lluvia  
que no puede mojarnos, no se cansa  
de rodear un día preferido.  
Uno toca la puerta de la casa  
que le fué deparada a nuestras manos  
mortales, como un tímido consuelo.

## 3

EL que solía visitarnos, el que era  
de todos más amado, suave vuelve  
a la sala sencilla, cada día  
más real y más leve, ya de humo.  
¿Cuándo tocó la puerta? No podemos  
recordarlo. ¡Estaba allí, estaba!  
Y no se irá jamás ni puede irse.  
No nos trae la memoria las palabras  
del adiós. Sólo podrá volverse  
por la puerta de un ruido, de un llamado  
de ese mundo que borra, ignora y vence.

## 4

¿QUÉ caprichosa y exquisita mano  
trazó, eligió ese gesto perdurable,  
lo sacó de su nada, como un dios,  
para alumbrar por siempre otra alegría?  
¿Participabas tú del dar eterno,  
que dejaste la mano humilde llena  
del tesoro? En su feliz descuido  
adolescente ¿extendiste el óleo?  
¿Qué misterio fué el tuyo, instante puro,  
silencioso elegido de los días?  
Pues ellos van tornándose borrosos  
y tú te quedas como estrella fija  
con potencia mayor de eternidad

## 5

Y cuando el tiempo torna impuro un rostro,  
una vida que amamos en su hora  
cierta de dar, por siempre más reales

que su verdad presente, lo veremos  
cuando lo rodeaba aquella lumbre,  
cuando el tiempo era apenas un fragmento  
de un cuerpo más espléndido, invisible.  
Todo hombre es el guardián de algo perdido.  
Algo que sólo él sabe, sólo ha visto.  
Y ese enterrado mundo, ese misterio  
de nuestra juventud, lo defendemos  
como una fantástica esperanza.

## 6

¡Y lo real es lo que aún no ha sido!  
Toda apariencia es una misteriosa  
Aparición. En la rama de otoño  
no acaba el fruto sino en la velada  
promesa de ser siempre que su intacta  
forma ofreció un momento a nuestra dicha.  
Pues toda plenitud es la promesa  
espléndida de la muerte, y la visitación  
del ángel en el rostro del más joven  
que todos sabíamos que se iría antes  
porque escogía el Deseo su sonrisa nocturna.

## 7

*"¿No sentías que ardía tu corazón  
cuando nos hablaba de las Escrituras?"*  
(Los Peregrinos de Emmaus)

HUÉSPED me fué palabra misteriosa.  
Huésped es el que viene de muy lejos,  
de algún pueblo que nunca habremos visto.  
Huésped es el que viene por la noche,  
toca la aldaba de la puerta y todo  
el umbral resplandece como nieve.

Huésped es quien se sienta a nuestra mesa  
sólo por una noche, y no se acierta  
sino ya a oír lo que su boca dijo.  
Huésped es el que alegra con su rostro,  
y alumbra con sus manos nuestro pan  
y no logramos recordar su nombre,  
Huésped es el que ha de partir, al alba.

8

A aquel vago delirio de la sala  
traías el portal azul del pueblo  
de tu niñez, en tu silencio abríase  
una lejana cena misteriosa.  
Cayó el espeso velo de los ojos  
y al que aguardó toda la noche abrimos.  
Partía el pan con un manto de nieve.  
Con las espaldas del pastor huiste,  
cuando volviste el rostro era la noche,  
todo había cambiado y sin embargo  
en la granja dormían tranquilas las ovejas.

9

*"There is a wind where the rose was"*  
WALTER DE LA MARE

¡Oh, vosotras, lámparas del otoño,  
más fragante que todos los estíos!  
¿Por qué ha de ser aquél que devenimos  
con el tiempo, más real, menos efímero,  
que aquél que fuimos a tus luces pálidas?  
¿Por qué el polvo desierto, la agonía  
junto a las armas bellas, quedan sólo  
del resplandor de la victoria? Lejano

es todo vencimiento. En otro espacio  
sucede, más allá del moribundo  
rostro que hunde la gloria y deja ciego  
junto al viento que lleva las banderas  
espléndidas que huyen. Fiera es toda victoria.

10

*"Amigo, el que yo más amaba,  
venid a la luz del alba."*

CÓMO ha cambiado el tiempo aquella fija  
mirada inteligente que una extraña  
ternura, como un sol, desdibujaba!  
La música de lo posible rodeaba tu rostro,  
como un ladrón el tiempo llevó sólo el despojo,  
en nuestra fiel ternura te cumplías  
como en lo ardido el fuego, y no en la lívida  
ceniza, acaba. Y donde ven los otros  
la arruga del escarnio, te tocamos  
el traje adolescente, casi nieve  
infantil a la mano, pues que sólo  
nuestro fué el privilegio de mirarte  
con el rostro de tu resurrección.

11

*"Since I have walk'd with you through  
shady lanes..."*

KEATS

¿QUIÉN no conoce ese sendero en sombras,  
ese continuo hablar, interrumpiéndose,  
el uno al otro amigo, en el gozoso  
diálogo hasta la puerta de la casa,  
servida ya la cena? ¿Quién no escucha

las nocturnas pisadas en la acera  
tornarse más opacas al cruzar por la yerba  
que nos trae al amigo, al bien llegado?  
¿A quién, ya tarde, no le cuesta mucho  
despedirse y murmura generosos deseos,  
inexplicables dichas, bajo los fríos astros?

12

*"...qui lactificat juventutem meam..."*

¡SÓLO vosotras, bestias, claros árboles,  
podéis seguir! Más eterno es el hombre.  
Salvaje privilegio de la muerte,  
heredad sólo nuestra, mientras derrama el astro  
su luz sobreviviente sobre ese rostro altivo  
de ser fugaz, junto a los ciclos fijos,  
y ese verdor, eterno! Se fué yendo  
la gloria de los rostros más amados,  
y tornamos, como ola ciega, al tiempo  
del cuerpo incorruptible que esperaste  
y no pudimos retener, llorando  
en la perdida lámpara, las voces,  
lo que encuentro creemos y es partida.  
Oh lo real, el mundo en el misterio  
de nuestra juventud que nos aguarda!  
Nos ha sido prometida su alegría.  
Nos ha sido prometido su retorno.  
Eres lo que retorna, oh siempre lo supimos.  
Pero no como ahora, amigo mío.

FINA GARCÍA MARRUZ

20

## Voz en Desierto

Hay un camino de luz  
que guía a todo hombre que va por el mundo:  
el camino hacia la casa del Padre.  
Un camino real trazado por el dedo de Dios,  
el dedo de Dios que rasga las tinieblas de toda noche  
y abre el camino del agua hacia el Espíritu.  
Tal la escala por donde asciende toda pura forma,  
desde el rumor del agua batida por el ángel,  
hasta el esplendor de la aligera gloria del Espíritu:  
escala florida y fragante de la palabra,  
desde el río en la forma bautismal de la Paloma,  
hasta el arrobó pentecostal de las lenguas de fuego.

Hay un solo camino desde el principio,  
es el del Espíritu flotando sobre las aguas,  
hasta el fin y corona de los signos  
por la fuerza y gracia de la palabra.

Y se oyó en el medio del camino  
la voz de Juan a orillas del Jordán,  
el río del perdón, testigo de las voces y signos  
de Juan el Bautista, el hombre enviado de Dios,  
heraldo de la luz y su atalaya divino.

Y su voz sonó poderosa por el desierto:  
¿Qué es lo que saliste a ver en estas soledades?  
¿Alguna caña batida por el viento?  
Tal era Juan, como una caña  
no en debilidad, sino en docilidad,  
siguiendo el sesgo y forma del Espíritu,

21

vibrante al rumor de la Paloma.  
Tal su voz, como sonar de muchas cañas secas,  
batidas por el viento del desierto,  
voz de muchas cañas secas  
arrasadas por el fuego del espíritu.

Y desde remotas tierras acudían las gentes,  
atraídas por el fuego de sus palabras.  
Y era de verlas en temor y temblor  
bajar al Jordán, lustral y misterioso.

Era el inicio del nuevo rito,  
el estreno del rito lustral del agua  
cobrando su real y gracioso sentido.  
La voz de Juan sonaba sobre el rumor del río:  
—Ya estais limpios: dejad las aguas,  
como ellas limpian vuestros cuerpos,  
limpiad con las de la penitencia nuestras mentes y sentidos.  
Levantad vuestros ojos y mirad:  
que el que ha de venir, está ya a la puerta y llama,  
trayendo el real bautismo de la gracia  
y el triple testimonio del agua, de la sangre y el Espíritu.  
Mirad clamaba Juan,  
que yo para eso nací,  
para dar testimonio de la luz;  
yo, que vi al Espíritu descender como paloma  
y reposar con sus siete rayos sobre su frente.  
Alzad vuestros ojos y ved al que pasa.  
Ese es el Cordero de Dios,  
el que quita los pecados del mundo.  
Enderezad vuestros pasos tras sus huellas de nieve  
y vestíos con la veste nupcial de su sangre purísima.

Y algunos de los discípulos del Profeta  
limpios ya por el agua de la penitencia,  
como empujados por las palabras ardientes del Profeta,  
fueron hacia el Cordero, suspirándole:  
¿Dónde moras, Rabí? Desde ahora y para siempre  
permite te sigamos donde vayas:  
Tus caminos serán nuestros caminos,  
y tu casa será nuestra casa.  
—Venid y ved. Yo soy el camino  
que lleva a la casa—.  
Y le siguieron absortos y hechizados  
como quienes avanzan por caminos de sueños.  
Avanzaban con el día.  
Un tropel de pájaros hacia la tarde  
rompió por el sendero.

Pbro. ANGEL GAZTELU

## Mirada de las Cosas

Nada, nada puede diseñarla, ni la palidez ojinegra del agua. Ni oídos, ni un minuto, ni nadie, podrían sugerirnos, qué digo, apenas rozarnos su grotesca figura. Pudiéramos decir una sobriedad que nos arañase, que hiciera del recuerdo un inmenso espacio calcinado. A veces le grito activamente, con rencor. Esta pequeñez de su dimensión se suspende sobre mis dedos; me hace ignorarlo todo. (Confieso mi impotente temblor).

¡Es que nada desciende por mis bolsillos, sedosas vendas del sueño! Y esto es lo insoportable: su hueco trasto, su absurda permanencia. Sería como para reír les digo, como para reír a toda esdrújula, si no fuera por esa enojosa visión de juego sumergido que me asalta al contemplarla. Pero hay que ser cautos, no sé, romper con el puño su rostro de ángel inocente.

Porque por ahí andaba mi sueño. Creo que anteriormente les he relatado mi sueño. Era ese roce, ese desbarajuste sobrio de tener un hueso más. Era una revolución sutil, casi transparente, de mi anatomía. Para conservarme así no tenía que decir una sola palabra. A lo más, a veces, como si me doliera, un leve crujido, algo que molestaba a penas. Toda esta energía de mi sueño iba demasiado bien.

Demasiado bien he dicho. Sospeche ...Ella, nada más que ella: esta mirada—veía su cono inerte—Había creado la treta de mi sueño, sin silabear, arteramente. Ahora proliferaba inútilmente en sí misma, creándose eternamente un nuevo cuerpo. Arrastraba con irónica elegancia un espacio imposible. ¡Yo era ella misma!

(A veces me sorprende repitiendo una misma palabra, a veces me extraño. Silabeando he construido para mi comodidad una estructura roñosa.)

A veces se extiende, se precipita demasiado cerca, elabora una filosofía en que ella lo es todo:

Su hablar tiene astas que tocan;

sus infinitas, tediosas pausas, como revólveres ahumados;

su miedo—porque tiene miedo a otra mirada—, con la excusa de rajarse los instantes; su puntillosa, fresca sombra de morir mirándome las manos.

¿Por qué no acaba de decir que todo le pertenece, que yo también le pertenezco?

Al salir a la calle percibo algo irónico. En la mañana camino devoradoramente, estrujo mis escrúpulos. Entonces—con una exactitud tediosa—me doy

cuenta de que estoy siendo mirado. No puedo, no puedo más que reconocerlo; no importa que descienda todas las escaleras del sentido. Comprendo que la calle está bien, que los hombres están bien; pero es esta mirada que tengo que llevar por todas las esquinas, que está educándome sin que yo comprenda. (A veces, al repetirme esto, tengo un tonto tropezón por las aceras y, cualquier furia repentina de palabras me parecen proceder de los objetos.) Entonces cualquier confesión me sublevaría. Me sublevaría hasta aterrarme, hasta dejarme solo para siempre. Creo—no sé si decirlo—que esta misma queja es una lacia jugada de los objetos, de esta mirada.

Lo que menos resisto es el oleaje odioso de su ternura. Hay que tirar de esos cordones acariciantes de los objetos, de esos escupitarajos que suben por sus palabras entrevistas. Hay que esperar resistentemente cualquier nuevo intento. A lo más... algún señuelo amoratado entre nuestras manos intactas.

Toda esta brutalidad estúpida permanece. Esta brutalidad insomne, como de arenas. No puedo cerrar los ojos, no puedo estirarme, ni decir palabra: es esta pizca de ironía por cada pieza. Quizás algunas ideas, ingenuamente espantosas, lo podrían disolver todo.

Sería como un ruido que acuchillara al mar remojando la desnudez del mundo; sería como una inmensa parábola que deshiciera todos los labios del amor; sería el remoquete de nuestras salibas, viejo andrajo que cubriría la Palabra.

Algunos testigos, demonios o burgueses, contemplarían irónicamente estupefactos esta aviesa obsesión. Verían con ingenua alegría la muerte de nuestros nombres.

Sería la paz.

## SUEÑO DE LAS COSAS

Viejo juego de resistencias asoma, sorpresivamente. Detenido el galope de mis ojos por el sumergimiento de su realidad. —¡Ya parecen no estar las cosas!— Esta vez ya no veo más que una distancia enemiga, que nos olvida y reclama a quemarropa. Salto lirondo: no pensemos en coralinos piélagos ni en la mímica de nuestro desdén; el alboroto es mayúsculo y borroso, como si una incierta parábola nos llenara con el escalofrío de las cosas.

(Artizadas por un monólogo infinito, revelarán nuestros secretos más profundos. Ellas, incipientes siempre y, sin embargo, irremediablemente cortesanas.)

Ahora me pregunto qué ironía anda por sus manejos; ya no es el cuerpo, no; es el robo a cada trecho de la lección del tiempo; son ellas: feroces u olvidadizas. Con sus jetas—esencial disturbio—apenas diluídas por la noche. Y se olvida el recuerdo, se olvida el amor o la mujer; ¡vuelta a la escama! qué mirada, esencial cetrería submarina, mojará nuestros pocos acentos quejosos en tanta hinchada noche vegetal.

Escribo laminado, enloquecido por este roto abalorio de mi mirada. La palabra estalla, y hace imposible ese otro aposento donde nuestros ojos pierdan su fijeza, su temporalidad atroz. De todo este estellido mastico una imposible aislación de mi rostro, una sonambulesca pradera o devenir.

A veces, lo confieso, escampábamos: el regalo de algunos juegos. De mi anatomía—ya lo he dicho—un hueso más... Entonces algunas sombras, algunos retrocesos. En exquisito espontáneo elaboraban una nueva línea del mar. Sentados abracadabrantes sobre mi impertérito asombro.

Pero era sólo un instante nada más. Al fin todo ese alto, toda esa jactancia del alba sólo servía para desabotnar nuestra mirada. Como si desdibujados mercaderes trasladasen nuestro contorno a cualquier vulgar efigie para una dolorosa comprobación. Eramos atroces convidados, eso es todo.

No es fácil esto de espejos cuando traza su parábola. Entonces la mirada se hace vegetal, hinchando la gracia que nos hace recorrer en puntos los objetos. Las cosas saltan, a pedazos. Como inmensos danzarines en errada voltereta, en perdido nocturno. (Desatado sonrojo de nuestros contornos: ahora el espejo está preludiendo toda esa mirada que nos acecha implacablemente.)

El espejo, la mirada. Nos habíamos arrodillado, desternillado tiempo, sobre las arenas exhaustas.

Reversible deleite de las cosas: a veces su mirada parece el deletreo impertinente de una temporalidad excesiva.

No puede ser burlada su angustia: quedamos, infinita sal, por las plataformas de su eco.

Una sonreída delicia apenas aparece, entrevé—supuesto que hemos sufrido— Tiene todas las apariencias que va a reconocer un cercano inmóvil; después desaparece.

Esta mirada pudiera saltar sobre nosotros; romper cualquier convidado apoyo de nuestros recuerdos; barajar inmensamente una calmosa presencia, Como una fija avalancha se escuda tras todos los oídos del mundo; lanza su perversa infidelidad de cosa entrevista, de caracol descubierto.

LORENZO GARCÍA VEGA

## Claro Reino

A:  
*Nivaria*

DESPIERTA, OH pálido inclinado;

Es cierto que el tiempo de tu ciudad nunca se abre, nunca asoma sus flautas de lloroso cristal entre los vuelos duros,

Pero a través de las rocas humeantes, lentamente, aleando bajo la pesada luz dormida en viejo aceite y acechanzas,

Ha llegado hasta aquí un suave cuerpo, una pálida sombra, murmurante de labios brillosos.

Escucha, escucha, oh tú que a lo largo de la negrura de vidrio y el llanto te descuidas:

Ni porque los olivos de la leyenda sombrearon tu piel y las colinas de Chacmultún llenaron tus vasos de sangre triste.

Vayas a seguir, oh melancólico, lento como esos bueyes enfermos que lamen la tierra bajo la llovizna taciturna.

(La historia puede ser el polvo que de pronto se pierde al abrirse una puerta; el origen.

Puede ser sojuzgado, dispuesto como una florecilla entre las hojas de un libro oloroso).

Mira: cae la lluvia, los transeúntes se aligeran; la brisa que penetra las sombras huele a humo, a cal fresca, a café.

¿No vas tú a caminar, muy cerca de las paredes, borroso, en busca de algún nombre?

Porque la lluvia es muy hermosa también para decir algunas cosas en voz baja,

Y recordar aquella noche, o aquel canto, o aquel rostro dulcemente entrevisto un día de ajeteo en el tibio espesor de la muchedumbre.

(Lo gris ablanda las columnas, afila los pasos y reconstruye la transparente y fría cuenca de la ciudad.)

Despierta, oh tú que cada atardecer quiebras los párpados en un valle de mudos y viejos algarrobos.

Escucha ese murmullo:

“Toma esta miel, desnudo, toma este líquido que tiembla como una llovizna ganada por palomas;

Es el oro de ayer, el alma de las briznas muertas en tu aliento de niño alucinado.

Agua de retornar descalzo por las verdeadas huellas,

Cantando entre los frutos de encantado vapor y los animales que en el sol puro rumian júbilo y recuerdo.

Levanta ese velado rostro, agita el brazo de madera sombría (las arañas huyen, dejan su plata al lado de tus pies);

Yergue tu cuerpo lujoso de amor y de combates,

Que en el estremecido verano, limpio frente a las torres tristes de la ciudad,

Hay un sedoso aire, ávido de tus sueños.

Mírame: soy tu infancia que solloza”.

## II

OH SÍ, las iglesias henchidas de azul, los patios suspendidos, la locura y los nardos en los almacenes.

Tendido en esa música del mediodía espeso de pisadas, ardiente, al lado de los hierros conmovidos, entre dulces paseantes de tiernas decisiones.

Escucho las preguntas de esa niña. No le diga, señor, dígame que esas flores adormecen y hacen ver muñequitas que saben besar;

(Porque hay que hacer de la ciudad un milagro, y usted conoce el llanto de los pequeñuelos).

Sigue con tu pregón; tu cara no es tan negra; la luz pura hermosa los harapos:

¿No oyes tú que te llaman desde todas las puertas, oh presuroso, desde todos los pétalos del parque?

Los perros han echado a volar: (los huesos sin roer prefiguran ocarinas de paraíso en las nubes).

Oh sí, anciano, esa es la calle de la paz, y aquella...

¿Tú me escuchas, gordezuela de mirada bíblica que todos los días lloraban a la entrada del templo,

Afuera están la fiesta, el candor; afuera están los pájaros y el aliento rosado del corderillo.

Esa es la calle de la paz, y aquella...

El golpe de los martillos es la campanada que la vida avienta, su rojiza coral.

El abuelo sale sonriendo de la piedra: “Hijos, llamemos al vecino quedamente...”

Porque, ¿quién ha de estarse ahora ensimismado, quién no ha de ver ahora las flotantes cúpulas.

Y los barcos de vidrio en lo alto de la ciudad esplendorosa?

Te invito a derribar este portal...

Desde aquí los juglares miraron un día las escaleras de la muerte, los jardines llorosos de penumbra.

Te invito a vaciar estas armas en oleaje de cuerdas, en molino de presurosos ríos de cañas flexibles y doradas.

¿No oyes tú que te llaman desde todos los pétalos del parque?

Oh sí, vivientes, esta es la calle de la paz”.

## III

Y ASI, corazón de lo errante, animal con arpas y velocidad, rodeado de tradiciones y de amor,

¿No es preferible el corredor inmenso y perfumado de la locura?

El velo de la infancia, su resplandor, sobre los hombros, aquí y allá; cubriendo como un escudo líquido;

El caserón de la negrura delimitado ya, encendido entre guardianes puros y naranjos...

¿Cómo irás a cantar inclinado en un muro de amor, oh tú, mi extrañamente pálido reciénvenido de las Tardes?

El jardín ya no humea, los ídolos han ido a alimentar las raíces con el polvo de sus rostros.

El pájaro de vidrio de tu soledad alza vuelo rumbo a las torres ruborizadas.

Esta es tu juventud y este es tu reino.

FAYAD JAMIS

mayo 9-1952.

## Para llegar a la *Montego Bay*

### I

*(Permiso para un leve sobresalto)*

Furiosamente las abjuro y clásicamente  
las convoco al mismo redondel del frío  
bajo, tosco laurel movido y al recojo  
de sacra para siembra y arte.

De ese cristal que se baña en aguas de su orfandad  
puede más, adustos del adviento, que si confiase  
a la lluvia de cordel o la apartada del aire,  
cuando le sopla un costado para buscarle la médula.

Dicen que los tejones, en aguas de su humedad,  
burilan más, hocico en punta de atravesar  
una sombra de escaramuza en jarra de vino,  
sustituído por la criada del milenio gordo.

Pues si por allá pasaba la soplada,  
la que por dos platillos pasaba su sombrero;  
ahora una gansada asombra la estufa,  
y el mayordomo llega frotándose y se vuelve a retirar.

Los citisos evocaban la llanura de Platea,  
el amaranto ridiculizaba las uvas en el toronjero,  
y el frutero como las partenopeas buscanda la brisa,  
se descalza, brinca la luna y barba al maestresala.

La dignidad de la moneda de la joven corintia  
y los palurdos buscando chinches de acordeón,  
pues el carbón que se teje, bate en flanco,  
y el acantilado muge en el ropero de la mugrienta.

La doncella es la papisa, el caracol y el alcalde,  
los copetines del recaudador del oeste;  
mi grito descifrado requiebra el hacha de la doncella,  
pero mejor, el toronjero y la nueva estación de estalactitas.

No es un pie remedando las columnas cogidas por el talón,  
ni la bolsa del cartero, santoral de increíbles nacimientos,  
ni la paloma traza las iniciales de la afiligranada ciudadanía,  
ni el abejorro retrata la abeja de la vieja.

Como los leñadores no llevan su hacha al juramento,  
ni el capitán habla dormido, papirotando,  
así los versos garapiñados y garañones,  
anuncian la lluvia, el tocoloro, el abuso y compadre.

Tendrá que ser la abeja de la vieja, dice Hermes;  
ya que no puede ser la vieja de la abeja, dice Euforión.  
La abeja se posa entre el pamelón y la miel,  
entre la dulce bobería y la bobería seca y funeral.

El canon en el mortero te mancha la nariz, la sección  
áurea se presenta como el estofado de una Baviera  
de juguete. El ojo no tiene por qué parecerse al sol.  
¡Jehová del sargazo un cometa para esas brabuconerías!

Al lastimar el albañil, la amarilla frente del tapir,  
recibe el disparo que le hace una corza de Río  
Grande del Sur. Es gracia del año, que el artificio  
mezcle las lunas, los collares y las gamuzas del Jefe.

No hay por qué llevarse los tizones en el rapto.  
Días antes, las gatunas medidas de las ventanas.  
Dos días antes, las lunadas, frías herraduras del caballo  
que nos regaló Furgan, el hijo del hullero inglés.

Reaparecía por el pueblo con la gracia y el sueño.  
Con la gracia, relieve del sueño.

Y con el sueño, fortaleza de una gracia aumentada  
por los astros que duermen y las playas despiertas.

## II

Para llegar a *Montego Bay*,  
el oscuro furor adolescente escondía sus flechas,  
y no el retiramiento de participar en la ausencia,  
sino el aposentarse en el escarbar y el agujero.  
El odio a fingir el encerado, ocultando con el pañuelo  
el rey de espadas, y la marmórea, obligada cerrazón  
del cimbalón de las carcajadas lanzadas al asalto.  
Y no el traspaso de la agujeta cenital, sino el manteo  
de ir recubriendo el ciruelo con la otra carne lunar,  
cuando vamos reclamando el hueso del almendro,  
el ramaje que nos indica la aleluya de la flor,  
sino la miel avanzando por el secreto de los pistilos  
y cristalizando en terrones para el goce en la glorieta  
de las montañas azules, que voltejean al viajero,  
y en el despertar de un número lo entreabren  
en las risotadas o en los siete ríos tirados  
por una pareja de bueyes.

Las piscinas donde se sumerjen los herederos de coral,  
los herederos ingleses que han sonreído en las excavaciones egipcias,  
fruncen el rizo, disecándola, de la decadencia capitalista.  
En el anuncio de un cigarrillo se hacen tantas pruebas  
como en el inicio de un funeral minoano.  
Y las abreviaturas de los espejos siracusanos, cortados  
por el obturador de un rabo de ardillas,  
agrandan sus venerables párpados de tucán,  
para llegar a *Montego Bay*.

El albino pastor que sacaba las monedas cabeceantes de su chaleco  
mozartiano,  
portería de los bolsillos marsupiales del chaleco,

abría los flácidos brazos, como un centurión, en la piscina,  
necesitando después para plegarse la síntesis de las sales odorantes.  
Los densos murciélagos de la bahía jamaicana,  
al despojarse de los reflejos de la piscina de los mirtos,  
penetraban en los trazos cuneiformes del interior de un tronco de palma.  
De la boca del albino gigante salía un ferrocarril de mamey,  
sus carnes lloraban mecidas por la guitarrita del tembleque,  
dejándonos el disfraz de un bien llevado susto,  
en la piscina de la *Montego Bay*.

Como la abierta canana de los soldados ebrios,  
el albino pastor palidecía la ablandada mitad de su chaleco,  
ante la piscina rizada por el triple salto de la piedra heraclea  
de los griegos.  
Su chaleco como un endurecido ajustador de líquenes,  
mostraba su divertida coquetería andrógina en la *Montego Bay*.

No en la infernal glorieta donde los murciélagos penetran por los troncos,  
sino en la marcha de las hojarascosas nubes del otoño, expulsadas  
por *the fire of the florest*. El refinamiento del bosque  
de cocoteros iguala a la franja naranja de la cacatúa austriaca,  
pues una esbeltez que parecía no traspasable se multiplica  
como las quemantes naves de los aqueos delante de la frivolidad de Ilión.  
El refinamiento del bosque de cocoteros lanza semillas  
mascadas y ensalivadas sobre la estilización de los anuncios  
de las marcas de cigarrillos en la *Montego Bay*.

La carnalidad obsequiosa del césped se tullía  
para esperar un crepúsculo de musicados entreactos.  
El *flamboyant* como la albina señorita jirafa,  
estiraba su tronco hasta el cristal confitado de la flauta.  
Y una pequeña copa roja de sombrero tunecino,  
dominaba con su adelgazado fuego al negro preguntón,  
enredado mansamente en el disfraz de correo de *her majesty*.  
Un pelotón de burritos y un *rolls* condecorado  
se estiraban frente al sargento de tráfico con prismáticos de almirante.

Pero como en los elementos sacerdotales de la física jónica, *the fire of the floresta* era sustituido por el *laughting falls*, y las carcajadas de las siete aguas confluyentes, borran la agujeta inútil del fuego encorsetado, antes de llegar a la *Montego Bay*.

El bosque de cocoteros y el adelgazamiento no sombrero del *fuego de la floresta*, ondulan las espigas de la sesquipedalia: El hilo del pescado cumple el canon del magnetismo. Las palmas caminaban en el Eros distante, pues la lejanía avivaba la irritada piel de la distancia, entre nosotros cada palma lanza el voluptuoso contrapunto de su ámbito, y así la mirada reconoce su carnalidad en el palpo de la coraza de la noche. El bosque de cocoteros obliga al crecimiento del vegetal, persiguiendo una chispa o la estrella caída en el cartucho de carbón del estanciero. El *flamboyant* tiene que alzar el tachonazo bengalí de su copa, para que el cerco de cocoteros no casque el súbito coral de lo entrevisto claveteado. La copulativa bahía donde llegan los espesos y el tuétano de rótula de negros cabritos, invade con el sopor de su sombra el bosque de cocoteros, apretándolo por la cintura de su médula. Aquel adelgazamiento persiguiendo a la saltante chispa, sólo es penetrable por el caldo sombrero de su anchurosa base. La laminación cruje y se corrompe por la espesada evaporación de las aguas, si no la angélica transparencia igualaría en su sentido a la espesura vertical de la carne vegetativa, y el reciente nadador estaría inmóvil entre la penetrabilidad de la espesura y la transparencia angélica, pero no, la sombra evaporada de las aguas puede penetrar por los bosques de cocoteros de la *Montego Bay*.

La confluencia de los siete ríos en una carcajada y la simetría de la floresta, hecha para la sutileza del insecto moribundo, pues allí el hombre presiente que el paisaje rezonga una carcajada que se apoya en sus espaldas, adormeciéndolo. Las diez y siete ensaladas que se brindan en el *Hotel de los Mirtos*, están elaboradas para el tapiz del antilope volador, no para la espesura del sueño del varón de églogas y los recursos de su flauta suficiente.

El oleaje del vegetal no recogió el reconocimiento del nadador, contentándose con un túmulo donde las evaporaciones del vegetal, no recordaban las cenizas para las solemnidades del viento presagioso. El correo de su majestad se solaza en el olvido de las direcciones, pues el destinatario se adormeció en el incesante destino vegetal, su silbato no penetra en las adormecidas cortezas de la pirámide funeral. El paisaje para el sexo del insecto y no para la memoria del hombre, es el que rueda las atolondradas lunas del oleaje en la *Montego Bay*.

Las laminadas y perseguidas cinturas de los cocoteros, mordisqueadas por el tuétano sombrero despertado en la bahía, lanzaban la chispa que coloreaba la distancia para el Eros del insecto y su laberíntico azar de polen y arenas. La erótica lejanía denomina la mecida extensión de lo estelar, pero al caer la chispa en la bahía cuando llegaron los espesos ciegos, no saltaban sus manos con el nacimiento de los peces cantadores en la *Montego Bay*.

### III

Las salientes desfiguraciones de la lengua seca, después que el valle y la primera bahía se movieron en el jardín sumergido, un húmedo polvo azuleando se iba a la tortuga marmórea y al loto estalactita.

Los cuadrados medievales de la hoja, burlados al rocío, cruzaban como pecas el libro de horas hundidas, semejantes. Cuando las hojas doblaban sus verdeantes banderillas, su carne se guardaba como el polvoso cuerpo de las dinastías.

El rabo, la lengua, humilde bracito, sonreían saltantes, en la antológica experiencia del diseño sumergido, o la claridad sobrestendida, que ya no es al doblarse en clavijas de ojazos y torniquetes de furor penetrante.

Cuidar una hoja bien vale el culto de rechazar  
el fuego hasta los confines, bien vale amamantar  
los delfines con vuelcos y abillantados yerbajos,  
y alzar en su pontifical lomo las consagraciones humosas.

Los domeños y las pertenencias me obligaban a fruncir  
la herrumbrosa sangre, y el paisaje alfilereando  
en otro insecto de peluche con luna, pues su veloz laminado  
no era para el cayado barbando en la nieve.

Llegaba con la sangre cuando rompe los dos círculos,  
la mayor y el menor inagotables furiosos, pero la boca  
del misterio de nuestra sangre volviendo después de haber ahincado,  
después que nuestra sangre penetró por la ajena bahía  
y los dos brazos de mar.

La preguntada espuma saliva sus fábricas de sal.  
Si penetramos de espalda el concilio de la marea,  
retrocede el rencor de la sangre por las dos compuertas,  
pues el misterio indual acoge y ciega la enemistad permitida.

El mar no se dispara al secuestro del tonel,  
pues la sangre espermática se desenredó en otro cuerpo,  
abandonando el inútil misterio tirando de los árboles,  
y las preguntas, como orugas, tapiado laberinto de las hojas.

Lo que fué rapto, ahora se acostumbra a la siesta en las arenas,  
y los peces recuestan alfabetos y los somnolientos instrumentos devorados.  
El manglar protegiendo musicado los anchurosos vientres,  
protegía a la sombra que penetra los cuerpos sin varón.

En la *Montego Bay*, el detestable tumulto de los hombros,  
para abrirse en un árbol donde se descolgaba el nuevo doncel,  
traía el horror del primer genio, que igualaba al hombre  
con el árbol, manteniendo a la estirpe en el tedio del pedernal.

La tribu misteriosa, anterior al primer testimonio escrito,  
volvía a los amputadores caballos de los escitas,  
y no al relámpago raptor de los reyes etruscos.  
La cariciosa doma y el traspaso de la sombra del árbol les bastaban.

Era el lenguaje de la tribu escapada de lo escrito,  
donde la móvil sombra era la fija sombra arbórea.  
La planta del pie tenía nocturnas raicillas,  
la palma de la mano escondía estrellas descifradas y respirantes.

Los domadores escitas saboreaban la divinidad del rocío  
y la pavorosa Nictimene encarnaba las condenaciones de Lesbos.  
Las voluptuosas estancias, despertadas por el refinamiento de la hoja  
del plátano, dejaban para los jinetes el rocío del sueño fálico.

Después que en las arenas, sedosas pausas intermedias,  
entre lo irreal sumergido y el denso, irrechazable aparecido,  
se hizo el acuarium métrico, y el ombligo terrenal  
superó el vicioso horizonte que confundía al hombre  
con la reproducción de los árboles.

La prueba del desierto se llenaba de innumerables bueyes blancos,  
que conversaban con los que habían sacado el misterio de las aguas;  
la tierra, evaporada por la solitaria conjugación del verbo,  
entre el círculo mayor y menor, enloquecida o titánica vuelve.

El hocico se enterraba hasta el fracaso del pozo,  
los cuerpos tanteaban la llave de dos relojes,  
pero la arena quemada no levantaba la murmuración  
necesaria para la entraña del vegetal o el rendido secreto.

Los maestros montes, bueyes habladores, caían sobre la risa de la bahía,  
saltando por las chozas donde se elaboraba la ilegítima cerámica.  
Deshecha la tradición alfarera con peces vanos  
de mediterráneo picassista,  
el sensual y narigón jengibre del diablo babeaba la niña tocoloro.

Pero el que fué, oyendo musicados números, a lavar los anillos,  
librándose de Saturno y de la levedad de sus manjares falderos,  
desenrollando ceremoniosamente las campanas del cuarteto,  
llevaría siempre con gracia a su mujer en la maleta de viaje breve.

El hispalense, castillo impedido por algodonosas tembladeras,  
nos recibía, y la pareja cerrada por un sombrero cañero,  
comenzaba sus tumultuosas caricias y sus eruditos escándalos,  
rindiéndose con los cortesanos miedos del varón principal.

El raptor, salido en duermevela de la entraña hullera,  
desdeñando al Niño Diablo que cierra el portalón,  
alcanzaba el jocundo tornasol de la criatura derivada,  
penetrando por la antes hostil voz intermedia en el aliento de Anfión.

JOSÉ LEZAMA LIMA

## La Llave

Descansa, reclinada junto a un libro,  
satisfecha de ultrajar alcobas,  
contenta de ser ella.

Quieta está, no mueve los adornos de plata,  
sabe de refranes flexibles  
y de donosos oriundos.

¿Para que mover los párpados si  
están enjutos?  
Sus pómulos se complacen en la cerámica del vals.

Recostada al libro.

Fuera, no la cubren capas inútiles,  
no habla, no dice nada.  
Escucha ruido de radios,  
jadeantes esposos  
corren por delante, arrepentido de ser ellos.

La cabeza, negra del oso, no musita reflexiones,  
contiene blancas aspiraciones.  
Ve terminar su cuerpo  
inútil,  
aguantado a una cadena  
sola  
Nada.  
Silencio de llaves.  
¿Para que invocar lamentos?

Ahí está.

## ORIUNDOS PASOS

Oriundos pasos que ríelan la luna  
Caigan uno tras otro.  
Formen montones de amargura,  
broten hacia ponientes heráldicos.  
La risa agria de la cantina,  
estrella, estrella.  
Con papeles recostados al suelo,  
zapatos que contemplan la calma de la belleza  
Son de la noche, el velo opaco, vegas verdes. Gozos del sueño  
¿Para qué proyectar mañanas?  
Adornos y calor sobre el reloj,  
locas las flechas del pastor.  
Surgirán los sonidos que bañen la senda oscura.  
Bailará la Aurora  
Al finiquitar mi duelo.

FAUSTO MASÓ

## A lo Menos

La tóxica humareda se ensanchaba contra los entablados que constituían rugosa cocina, imprecaba con rancios resoplidos desde la ventanilla dual en servir y recibir los residuos comestibles de los cardos. El anciano de Galicia jadeaba y restallaba la cuchara enorme de aluminio en el omoplato del flácido juvenil, allí también caían oprobios y proverbios. Calderillo desnudaba sus sollozos, habíase volcado, y su vómito mancillaba las patatas guarecidas en el balde del lavatorio. Oh, aquellos espaldarazos para madurar al pinche noviciado repercutían en los últimos nudos de madera, en los guindajos ferrumbrosos de alacena, en la ceniza expulsada en el traspatio, en el confín de la vergüenza. Padecía, quizá para un consuelo inescrutable su paralela humillación, la sopa diluvial en su irreparable, la nulidad de la ingestión. Defendía la cana decadencia del magisterio culinario con gestiones reticentes, armadas de delantal y terca espumadera. A la hora mediana comparecían lentos y nublados los devotos voraces, y en tanto sus reclamos despejaban respectivas presencias, el tocado de alba toga cruzaba recetarios, oía los gástricos recados, investiales como irritantes succulencias, acentuando en un don sacro los milagros de su olorosa erudición. Las torpezas del trémulo aprendiz suplicaban, intentaban un resultado diligente, resultado diligente, reconsideraba los dividendos imprecisos del cuchillo, el capricho indomable de las ensaladillas a entregar, embargado en el calofrío que le recrudecía el acercarse a evaporaciones renovadas. La sofocación peor se abalanzaba luego que disminuían los visitantes: torrecilla ondulante de platos, suciedades exentas de los manteles, tridentes agresores aguardaban la asepsia justa, imprescindible. Entregaba entre el estrépito, agotada y concienzudamente la desquiciada platería, refinaba los cariocuentos blancos de su inexpressión hasta que surgían en los planiferos novedades del mismo vacío y el tiembre del destello de lo reluciente. Deshacer la adherencia de los cocidos en las ardidaz cazuelas

era laboriosidad vituperada por la sarcástica comodidad del envejecido cuando concluían las funciones de remover y ensalsar. Para extraer el resto del arroz renuente a desprenderse de la pared circundante de barro, fué menester introducir el torso en su inhabitable, con tenaza y dedos arrebatando las ramificaciones de lodillo reseco. Y más acontecía que la ración nutricia perteneciente a la petición de su apetito era ese rezago, y la remuneración a sus sudores la despreciada zozobra de la ceniza.

PEDRO DE ORAÁ

13 de mayo, 1953.

## Azar de Diálogos

### I

#### VOZ DE LA TARDE

Mis vestidos, mi tiara  
y un fatigado numen por la estancia  
donde el viudo fosforece arduo  
como retrato de reproche fino.

Huelga decir que el humus  
más puro exhala su pesquisa,  
que lumbres de ciudad  
nacientes, que las bestias  
majestuosas de un mundo que no llega  
sino como rumor y mansedumbre.

#### CORO DE LAS DESPOSADAS

Bajo especie de lumbres  
de ciudad, fanales  
en suave espera y artificio,  
blanca humedad, temblor o rito  
donamos al sueño de la esquina.

#### LA HIJA

La fría luz desborda de los vidrios  
y el corredor hincha sus sombras  
color de príncipe huraño.  
Reino entre mudas aquiescencias  
y es en mí que las nervaduras  
de una floresta desafinan.

### EL VIUDO

Salutaciones dice el texto.

Recaía

la vastedad como un velamen  
a los puertos y el rudo paño  
del haz de negras bocacalles

### LA HIJA

¿El vacío memorioso de los muebles  
preserva la inmovilidad de un deudo?

### EL VIUDO

Un velamen plegado teatralmente.

### CORO DE LAS DESPOSADAS

Los que estiran su fiebre como un hilo  
chirriante y sordo en la penumbra.

### LA HIJA

La calidad de un agua  
decepcionada puebla los recintos.

### CORO DE LAS DESPOSADAS

¿Y otros no querrían,  
con un sabor de amargo fausto,  
desgoznar su estancia, tripularla?

### EL VIUDO

Las olas chocan en susurro  
y baja la resina del solsticio.  
¿Son cuanto puedo estas visitas,  
y mi rostro es el que asoma  
sobre la borda inmemorial, cetrino?

### CORO DE LAS DESPOSADAS

Nuestro parque, nuestra esquina  
servicial nos bastan.  
Pongamos al usual desposorio  
nuestra blanca pulpa de artificio.

### II

### JEANNE

El relato lo pierde en una gran llanura.

### ANA

El llano abre una paz vacía, la paz el beneplácito  
de un cenizoso azul silente.

### JEANNE

Un golfo se sucede, su bóveda  
lo acoge y borra o perfecciona.  
Nos lega la estirada piel del verano,  
la perezosa fiebre avizorante.

### ANA

Las fiebres pueblan el espacio prístino  
entre las jarras, entre los divanes;  
rozan con grandes hojas viscosas  
la fría amistad de los espejos;  
zumban su ritual de labios entreabiertos  
o sajados por un dedo invisible.

### JEANNE

Luz danzante en la terraza  
con rica sucesión de telas  
y secularidad indiferente.

ANA

La luz danzante en la terraza,  
vino en alto suspenso, meditado.

JEANNE

La luz danzante, gloria sibilina.

ANA

La luz, la duración. ¿Ya eres rondada?  
Como un árbol nocturno y los festejadores  
silenciosos del vino, ¿ya eres rondada?

JEANNE

Hay incontables mundos.  
A ratos la tarde arrecia, mar verboso  
y las casas se baten, cabecean,  
tocan su majestad volcando  
sus cofres en sedoso crujido.  
Otros, el vecino hace la vela  
de guarnición remota y recopila  
abismático sus diarios nacimientos.

ANA

O alguien ha pasado como un dios novicio.

JEANNE

O nuestro cumplimento, tardío  
y como inmóvil abejorro,  
va salmodiando sus enigmas.

ANA

O las cortinas gesticulan,  
esparcen un vasto señorío.

JEANNE

Decimos duración pero es sólo  
la arista de una silla cada vez más nítida.

ANA

Lo transparente, lo quebradizo  
se rehace y con un mohín nos desapruaba.

JEANNE

¿Preferir, participar? Alisadas,  
pacientes, de vitela conducen  
las páginas su persuasión  
ante lo inmemorial y nuestros codos.

ANA

Preferir un diminuto rey obeso.  
¿No es la fábula el insecto desplazándose  
irascible, veraz, ceremonioso?

JEANNE

Preferir la llama, los reinos del conjuro  
dilatados como una confidencia.  
*Lagardere habitó entonces en la Rue de la Pompe.*

OCTAVIO SMITH

# El Barranco

## CAPITULO IX

Todos los días son parecidos ahora. Entre el frío ellos se hacen más claros, cuando aún son los días en la calle, en la temperatura, antes de entrar a nuestra casa y componerse de ella. Entonces se vuelven oscuros y tímidos a causa del sobresalto en el fondo de cada uno haciendo sombra. Hemos venido a El Bardado. En sus trillos hay marcas de pisadas extrañas. No muy lejos, en los alrededores, se ha instalado un campamento. Aquí nos gusta alimentarnos de papas arrugadas que abuelo cultiva. Las verduras ocupan grandes extensiones, encantando los ojos con su hermoso color. De vez en cuando el viento arrastra el eco que arrebatan a los troncos las prácticas militares o el rumor de la corneta al chocar en el vacío de las ramas. El viento azota y hace un silbido por todas las plantaciones. Es como si al correr desatase los caminos y los soplara por una espina. Es un viento apretado, y da espanto. Se llega hasta las sábanas por las noches y allí se pone a roncar como si gimiera. Desde su sueño ligero abuelo lo espanta igual que a una mosca. Y su mano siempre da golpes sobre la almohada.

Ya no llena nuestro reposo el zumbido que levanta el sol desde la granizada de los surcos al quemarlos contra las rendijas de la casucha de paja endurecida. Está el viento y la lluvia y el ruido lejano de los cañones tropezando no sé dónde. Un estrépito de caballos parece derrumbar la montaña que está cerca y hundir el piso para hacer un transporte invisible. Acarrear pertrechos y desde los aviones miro caer a veces bultos enormes. "Son provisiones", ha dicho papá. No sé por qué recordé de pronto aquel niño allá en la cárcel cuando no quería irse porque todavía no era la hora. (De pronto pienso cosas así, que no tienen nada que ver con lo que estoy mirando). Pero es algo que se cruza entre lo que miro y una memoria que viene de atrás, independiente de mí.

Por la noche, mientras descansamos, cruzan soldados de vigilancia por las cercanías y uno se pone atemorizado. Papá se esconde a veces y los mira pasar a través del cristal roto de la ventana, o si no los oye pasear hasta que se alejan, y se lamenta de esto. "No deberían, no deberían, repite; total, total". Y yo no entiendo mucho qué quiere decir. Entonces Yolí raspa la tierra sobre el enyerbado y comprende que ésta es su manera de lamentar lo que no entiende. Y pienso si yo tuviese el cuerpo suyo y su modo de pensar las cosas y sus patitas: escarbaría mucho, mucho, hasta enterrarme, para no oír a los soldados que pasan ni oír nada, nada más. Observo a papá y el reflejo de la noche en él, y quisiera investigar el sentido de su corazón golpeando sobre el cristal roto. "Esto parece una trinchera", dice él, y se recuesta. Habla poco y de ese modo la noche se calla

más al penetrar la estancia. Pero luego me mira y la estancia ya no es. Desde la cachimba de abuelo el humo se vuelve claro y abriga, y como la hoguera de calentarnos le da transparencia en su butaca, abuelo se torna de humo mientras cavila, y sólo deja de columpiarse al pasar los vigilantes.

Porque él lo sabe y no me lo ha dicho, todos lo saben y se apartan de mi pregunta, pero yo averiguo y observa y sé que por eso estamos aquí. Sí, papá se esconde. Hemos venido a diario, y con el disimulo de perseguir la tranquilidad del campo, hace ya dos meses que estamos aquí. "En este tiempo la Laguna suena demasiado", dice, y para no sorprenderme con la mentira, empieza a señalarme los distintos colores del ganado cuando en la lejanía pasta sumido a causa de su apetito y del atardecer. Y después repite "en este tiempo la Laguna suena demasiado y esto es molesto, nena, pues no lo dejan a uno quieto. Ya tenían por costumbre no verme y mejor no los interrumpimos, verdad?". Y yo digo sí un rato con la cabeza como si lo perdonara de algo. Pero yo vi cuando llegaron a casa don Pancho y otros señores. Hablaron con misterio, detrás, en el cuarto donde nos ocultamos el día del golpe, cerca del que habitan las cabras. Y yo fui hasta allí con Maruca a ordeñarlas y, con disimulo, hasta miré por una rendija de un modo que poco faltó para que me vieran, pues mi nariz cabía tan bien, y además yo creía poder escuchar hasta cuando respiraban, ya que la curiosidad, dice tía, es así, y uno mete la pata cuando cree haber metido nada más que la nariz. Hablaron allí de la necesidad que había de no exhibirse mucho para evitar requerimientos y para evitar "ras". Y se atravesaban el cuello con la mano en forma de cuchillo, con tal fuerza que columpiaban el asiento. Maruca me tiraba del pelo, pero yo le expliqué acercándola por la trenza que teníamos que saber de todo para así defender a papá en cualquier momento, y entonces ella, que no se interesa sino por Arminio, que es su novio, y por eso la castigan y hasta una vez le cortaron las trenzas, ella entonces me daba golpecitos en la cara con la trenza para que me apartase. Y todo quedó como un juego mientras yo miraba. Por fin la ayudé a ordeñar, pero aquellos señores tenían una voz parecida a los que pedían silencio en el juicio y también al que golpeó sobre la mesa para indicar que aquello se había terminado; y como se parecían mucho, mi atención se despertó más hasta que por un momento en que hablaron del juicio confundí lo que decían y creí que era de nuevo aquel día, y oí los martillazos del presidente sobre mis ojos, y resultó que eran las ubres de las cabras al soltar el líquido mientras las ordeñábamos. Ellos estuvieron allí hasta muy tarde. Luego acordaron salir juntos y procurar que nunca se supiera que don Pancho había contribuido a su libertad, por si alguna vez era necesario usar de nuevo su facultad de alcalde, por lo que yo hubiese querido subir a sus muletas como una arañita y acariciarlo, pues él tenía un hijo y se lo mataron los moros, y siempre cuando ya se calla se queda en los ojos muy triste, y como después cojea al caminar, parece que su cojez sucede desde los ojos. Cuando Maruca hubo ordeñado,

yo me acurruqué en un rincón para escuchar más. Entonces papá prometió aislarse y señalaron como punto propio para su recogimiento El Barbado, la finca de abuelo, donde estamos ahora. Yo procuré entrar en ese momento y aparentar que solamente había escuchado eso último, por lo que entre miedosa y asombrada alzándome a abrazarlo, dije "papá, yo iré contigo", y él dijo sí con la cabeza y me apretó mucho contra su pecho, y todos a la vez dijeron sí guiñándome el ojo. Así sucedió todo, sólo que ahora yo no quiero preguntar a él por qué estamos aquí tantos meses, pues noto que no quiere saber de qué se esconde, si bien algo hay en sus ojos que lo justifica. Aunque si papá tratase de explicar eso definiría otra cosa a causa de que en este tiempo un poco de él es desconocido y duda. Papá duda de todo y cree que van a atacarlo desde cualquier lado. Ignora por qué huye de las calles de la Laguna. (No es verdad que lo persiguen, no es verdad; él lo inventa, yo lo sé.) Alguno dijo allí "mejor por ahora dejaz en paz la memoria de las gentes, que te olviden", y añadió que sus amigos le habían sido desleales y que la traición era un problema de obediencia y de costumbre. Yo no entendí, pero papá respondió "claro" de una manera natural, y dijo además que esa era comprensible, que era comprensible que se hubiesen portado así porque no hacían más que defenderse de su conciencia; expresiones estas que no comprendí, y entonces imaginé lo maravilloso que es haber crecido ya, por la forma en que el pensamiento de uno tiene alcance de las cosas, como si las palabras también crecieran y el sonido que las compone desarrollase caminos inventados por un gran secreto que comunica las sombras de todos, y donde empiezan las raíces en los cuerpos debe haber un ablandamiento de claridad. Ellos se entienden con naturalidad, como si desde muy antes ensayasen decir esas cosas, y todos hacen una misma voz y pueden fabricar una idea para salvar a papá de la persecución de quienes lo traicionan. Si yo pudiese hablar como ellos, convencería a papá de una razón que se hace fuerte, persuadida de que es inútil tener miedo, pues no es que yo realmente tenga confianza, sino que delante de él veo asomar una luz que siempre lo salvará. Esa luz es como otro hueso en *é* y este esplendor yo quiero que lo descubra para repartirlo entre los dos y que sea a modo del compás que me regaló madrina por reyes.

"Papá de telaraña y telaraña", quisiera yo entonces responderle aquí en El Barbado cuando él se pregunta silencioso entre los dedos cosas y cosas para él solo. "Papá de telaraña". Porque siendo así, el espacio entorna rejitas de posarse las moscas, y asombro de posarse abuelo, y una dureza debajo de mi frente de extraviarme yo, como el pasillo aquel que empezó en mi traje de lino el día del movimiento y por donde papá marchó a esconderse en la guerra.

La guerra. En El Barbado también anda y es como un tonto que mira desde todo el cuerpo sin saber hacia dónde; que mira porque tiene ojos. Desde que estalló habita con nosotros en el lugar que estemos. Por dondequiera se mueve y lucha, y hasta creo que tiene animalitos que caminan pegados a la frente igual que yo los siento, como un forro

o como un hacha, o como un arca de Noé, del modo que lo contaba abuelo cada noche, al son de la avena, de manera que la avena parecía un instrumento mientras duraba llegar al fondo del tazón. Y entonces todo era tan dulce allí, reunidos esperando nada más a que sonara el canto y sonara, hasta tener sueño. "Abuel, me duermes, me duermes, abuel?". Pero él ahora respira su cuento sin tazón. En vez de la leve avena le arman un potaje azuloso que para todos hace la campesina que cuida de la finca. Y la guitarra en las manos de abuelo sólo busca lo hondo de papá, como si él fuera Chicho y tartamudeara. Si aunque sea dijese: "ma-ma-ma-ma". Pero él mira al final de la huerta y vigila a ver si lo vigilan. Y nosotros, mirando también a lo hondo de papá, vigilamos.

Aquí cuando llueve, la tierra se pone tan arrugada y triste que da espanto. Parece algo que ha formado la tristeza a fuerza de estar; y también que tiene miedo. Uno no sabe adónde mirar pues da la impresión de no haber aire alrededor. Además se pone fangosa la entrada y los pajaritos no pueden volar debido a la fuerza de la lluvia que les impide abrirse paso. (Mamá y tía no podrán traer a Chicho.) Aunque también el agua entre las hojas parece levantar un gran pájaro que golpea, pero es monótono y llega a enfermar los oídos, y algo adentro que es la esperanza de tener espacio donde moverse, pues en este caso la lluvia y la niebla lo cubren todo y nos parece estar encerrados mucho más acá del mundo. La lluvia es así lejana y tapa con un ropaje retirado. Luego cesa la lluvia y el viento tambalea recorriendo los tejados de zinc, y uno siente el peso en la cabeza. Me gusta entonces mirar hacia abajo en un barranco vecino y pensar que papá no estuvo allí entre los objetos podridos que el viento mueve, que nunca estuvo allí muerto. Corro donde él esté y lo contemplo durante tanto rato reflexionando con placer la idea: "papá está libre, a pesar de todo está libre", hasta que lo digo en voz alta y él se entera. (Porque él parece que todavía desconoce esto, como si alguien le prohibiera estar libre, y por eso se esconde más.) Reacciona con cualquier ruido moviéndose a todos lados como si lo llamasen las ventanas, las paredes de madera al crujir o el retrato de abuela que mira desde su sitio, o muchas cosas a la vez. Luego se tranquiliza y me sienta en sus muslos colocando su boca en mi oreja igual que para hacerme un cuento, y así se queda pensativo y el silencio aquí se hace ancho y el miedo nos afloja, mientras yo escucho que papá respira como un reloj y da horas temerosas en mí. Después juego con Ñeca. Le ablando un ojito con el pincho de rasgar la tea o le arañeo en la frente hasta formarle una arruga que es copia del pensamiento que hace papá al sonreír o de las mejillas de abuelo parecidas a papas guisadas. Luego la mezo de la cabeza a los pies y de los pies a la cabeza, y esto lo repito cuantas veces quiera, para que haga "aaaaaaa" largo, y así demuestra que aquello le duele. También algo a mí me duele muy adentro y de este modo ella grita por las dos. Entonces yo siento paz, aunque después vuelve de nuevo la inquietud y asalta, cuando ruedas de coche restallan contra las piedras por el camino cercano a nuestra vereda, o algún caballo al cruzar mueve la cerca de enre-

daderas y el galope se detiene dentro de los surcos como si él fuera otra semilla y crece hasta encerrarse en los árboles y abandonar el eco, que allí se lamenta, lejano, como si quisiera durar.

Yo no deseo irme a la Laguna sin papá, aunque pierda de ir a la escuela. Es necesario aprender primero a leer en él. He de entenderlo y explicarle con mi compañía que no debe sentirse solo. Y él me deja hacer, porque como es al principio de estar juntos otra vez, no deja de mirarme. "Tienes que olvidar aquellos días y acostumbrarte a no mirar así. Has de sentirte de nuevo una niña", dice, porque me fijo remotamente en él cuando la cabeza me aprieta como si estuviese atada, y a la vez pienso si pudiera huír.

(No sé, no entiendo muchas cosas. Pero todas me separan los ojos como si ya no fuera a tenerlos más.)

"Algo hay que entonrale ya que vuelva a ritmo este jijo", dice abuelo, y se aprieta a la guitarra y crece hasta la ventana de cristales quebrados. La folia y la tiniebla. La nostalgia en el timbre de papá y las rodillas viejas de abuelo como espinas en mis nalgas, igual que cada vez sucede cuando se enternece. Las cuerdas agitándose y El Barbado de neblina que el volcán cercano resbala. Da vueltas todo. Como cuando papá me gira para celebrarme el vestido de lino. La folia rodeada de lluvia para escurrir el corazón de abuelo.

Si aquí llegasen todos los movimientos del mundo no sabrían cómo asomarse. Porque en este momento hay reposo, la cabeza de papá no piensa. O no se oye tanto. Y tampoco si las cárceles caminasen podrían llegar hasta aquí, donde nosotros, ahora miedosos del miedo, ponemos a destapar la sangre como si no fuera la sangre la única manera de acompañarnos siempre y de sonreírnos siempre. Es el momento de la hoguera calentándonos porque hace frío y de la música entre las rendijas del viento. El viento doble el zinc, y por el trastazo de los bordes la extraña guerra vuelve al oído y aturde la guitarra. La guerra está en las manos de abuelo y él quiere pulsarla.

Si algo roe, es la vela al rasparse huyendo. El filo de los muebles en la pared instala rostros grotescos y garras. Son nuestras sombras que también forman allí huecos y se protegen. El sillón de papá se mueve y entonces las sombras sobre la pared se alarman como si aves misteriosos tropezaran allí de pronto. Es una mano invisible obligando mil resortes a apuntar la noche en el miedo de aquí dentro. La guitarra es la guerra. Abuelo es la guerra. "Papá, ¿oyes el largo tren lisiado en el espejo, oyes la embarcación en el espejo? Míralo volverse oscuro, ves, ves?". Y para escuchar como dice sí, abuelo acerca más el aire y muda de sitio las sombras en la pared. "Abuelo, las sombras; el humo de tu cachimba las aparta". Desde allá el barranco ha venido y suelta pelotones de lágrimas. No mires, no mires. Es el barranco que cruza y explotará pronto. ¿Viste, viste atravesar los ojos de tu amigo Vitoriano, el que cantaba en las rondallas? Parecían dos marionetas, dos cáscaras, dos trozos del dril que usa tía en los calzones. Eran feos

y ya no miraban. ¿Cuándo los tiraron al barranco? El barranco tiene un guardián que los apaga. No los riegan y entonces se secan, se secan como los helechos. Pobre Vitoriano que ya no tiene ojos. Papá, no te encandilaron las lechuzas al pasar? Eran de madera y volaban. ¿Quién se ríe muy alto, quién? Allí lejos los niños no existen. Desde aquel día los niños no existen debajo de la luna y yo nunca más seré un niño. ¿Ves al doblar de aquella agua? Alguien aplaude desde los tejados, desde el agua. No, son latigazos, latigazos y un pensamiento fijo que se abre y se cierra como una boca enorme desde la mano de abuelo. Ahora entiendo por qué tú sabes tanto y has crecido poniéndote con arrugas como si fueras una quemadura grande. Cuidado con la sombra, cuidado, y con el pedacito de pan duro. Nadie cuida sus patatas ya. Los rábanos se pudrirán, los helechos se pudrirán y no tendremos nochebuena. Papá. ¿Quién es papá? ¿Es un helecho, es una aguja? Ayer nos tocaron la siembra y está cargada de sequías. Alguien empuja y nos quema. Hay que colgar los surcos de una varita mágica para que el centinela los riegue y papá coma. Cuidado, que está cayendo la lluvia roja. El corazón de abuelo se ablandó mucho, eso es. Pónte aquí, debajo; aquí, en la pared, donde hay sitio. Oye, las sombras clavarán la vela por tu espalda, cuidate. ¿Qué avión? Nadie tiene un avión. Arrópame en la guitarra, abuelo, hace frío, hace miedo. Nadie tiene un avión. Yo vi la tierra cuando se abría. Alguien abrió la tierra para esconderme. Los niños tienen peligro, no los dejan estar en su vestido de lino; el tejado de zinc se cae y no es fácil luego rehacer a los niños. Papá, yo dije que la guitarra se desplomaría. ¿Ves, ves? Ahora con los pies rotos se tirará en el barranco; no tiene a nadie que camine por ella. ¿Ese ruido? Cuidado, abuelo, que viene una tropa por el árbol. Dáme unos zapatos, unos pies, ese ruido, ese ruido. Quiero orinar, quiero correr; suéltame, quiero quedarme. La ventanilla de cristales se ha regado de muchos pedacitos. El corazón de papá que estaba allí recostado, ya no está, ya no está. Nos van a encontrar, corramos, corramos. En el barranco tenemos que escondernos, allí está el hoyo, el guardián, la neblina; nos haremos los muertos. Ven, más al fondo, más, más al fondo.

NIVARIA TEJERA

# Palimpsesto

## EL DESPOSEIDO

NO son mías las palabras ni las cosas.  
Ellas tienen sus fiestas, sus asuntos  
que a mí no me conciernen,  
espero sus señales como el fuego  
que está en mis ojos con oscura indiferencia.  
No son míos el tiempo ni el espacio  
(ni mucho menos la materia).  
Ellos entran y salen como pájaros  
por las ventanas sin puertas de mi casa.  
Alguien habla detrás de esta pared.  
Si cruzara, sería en la otra estancia:  
el que habla soy yo, pero no entiendo.  
Tal vez mi vida es una hipótesis  
que alguno se cansó de imaginar,  
un cuento interrumpido para siempre.  
Estoy solo escuchando esos fantasmas  
que en el crepúsculo vienen a mirarme  
con ansia de que yo los incorpore:  
¿querría usted negar, sufrir, envanecerse?  
No es mía, les respondo, la mirada,  
negar sería espléndido, sufrir, interminable,  
esas hazañas no me pertenecen.  
Pero de pronto no puedo disuadirlos  
porque no oigo ya mi soledad  
y estoy lleno, saciado como el aire  
de mi propio vacío resonante.  
Y continúo diciéndome lo mismo, que no tengo  
ninguna idea de quién soy,  
dónde vivo, ni cuándo, ni por qué.  
Alguien habla sin fin en la otra estancia.  
Nada me sirve entonces. No estoy solo.  
Estas palabras quedan afuera, incomprensibles,  
como los guijarros de la playa.

## EL INSACIABLE

SALE el murmullo de la hoja,  
se rompe el viento contra la blancura.  
La hoja desaparece, el sueño entra  
en el escenario como un rey.  
De igual modo, aunque con carne secular  
distinta, sale el tiempo de la mano  
acariciando la abundancia de los dones,  
el linaje de lo oscuro y de lo ígneo,  
la cornucopia de la noche hasta el desprecio  
cristalino de los mares. En el ojo  
esa salida encuentra su destino:  
empezar otra vez lo que no empieza.  
Por el acto naciente  
la soledad coral nos justifica  
y amanece el palacio robando la escritura.  
Mueven las bambalinas de crepúsculos  
con un grito levísimo las nubes.  
El decorado cambia como las inmensas jornadas  
del que huye. ¿De qué raza eres, a quién buscas?  
¿No te basta la terrible alegría  
del acto naciente que a los ángeles basta?  
¿No te basta el instante que dora  
los ojos del mendigo antes de caer oscuro?  
El ave de la memoria escapa, rompe su tesoro  
con ligereza de árbol de rocío.  
Y él responde: No quiero desistir, algo me llama,  
es algo que he perdido, voy a buscarlo ahora,  
en este ahora enorme de amanecer morado,  
pero no está en la sala, iré mañana,  
en este adiós mañana de castillo,  
pero no está en la esquina, ni en el álamo profundo  
de la otra esquina, ni en la más dulce lámpara  
del mundo. Únicamente a veces, ay,  
está en tus ojos, cuando se han cerrado.

## Notas

### V I S P E R A S

"Cuando un poeta, realizando el acto más terrible de la humildad (...) reúne y expone así, sobre la palma viva de la mano, sus tesoros de enigma y escritura, no ha de quedarnos otra actitud que la de recogernos callados a recibir." Esto dijo, hace años, Cintio Vitier, frente a la obra de un gran poeta argentino; y he aquí que ahora el propio Vitier, en libro denso y espléndido, ofrece su entera obra poética<sup>(1)</sup>, y nos obliga, por el fervor y la reciedumbre de la palabra, a igual recogimiento, a recepción entrañable. Da el libro desde la voz juvenil hasta el gran poema *Palabras del hijo pródigo*, que ilumina toda su obra, que la organiza y define. Sus frecuentes cuadernos, temblorosos y ardientes, en que había ido mostrando como a ráfagas su poesía; la nerviosa, varia forma de ésta, aparecen claramente como islas cuya unidad rigurosa contemplamos. *Vísperas* no es una suma de cuadernos: es un libro cuyos desgajamientos, entregados a lo largo de muchos años, denunciaban el cuerpo mayor que ahora, de nuevo, integran. Y un libro cuyo valor añadirá (por el silencio a que sin duda se destina) razón de rubor a un tiempo que, entre nosotros, ha dejado pasar con casi indiferente mirada obras como *Enemigo rumor*, de José Lezama Lima, y *En la Calzada de Jesús del Monte*, de Eliseo Diego. Situada en esa robusta dirección de nuestra poesía que el primero iniciara—y que, con este libro de que hablamos y *Analecta del reloj*, de Lezama, adquiere considerable gravedad en las letras hispanoamericanas—; cabalmente centrada dentro de lo que él mismo llamara "comunidad de fe y artesanía", la poesía de Vitier se alza señalada por una voz fuerte que interroga y asciende, necesitada de ávidos contactos.

Su poesía, en principio, se nos aparece como ejercicio de una memoria en que la vida ha entregado, para ser conservadas, sus formas. Con lucidez lo ha indicado el poeta: "Haber vivido adquiere signo de inspiración y resistencia cuando el misterio de la memoria, que no es sólo el oficio de recordar, se ha consumado. (...) Lo que a nuestro juicio tiene que mediar, y con mediación caritativa, entre la vida y la poesía, es la espontánea, inefable fecundidad de la memoria." No vista, desde luego, la memoria, como residencia de una serie de recuerdos, sino como instrumento para hacer pervivir—de una manera violenta, a menudo desgarrada—las cosas, nos sitúa frente a un conmovido señalamiento de los hechos, de los seres:

(1) C. V.: *Vísperas (1938-1953)*, Ed. "Orígenes", La Habana, 1953.

"Junta el cuerpo a la tierra! Pon la voz al fango  
voluptuoso de tu extinta memoria,  
no te desligues de aquel sofá, de aquel espejo,  
de aquel tablón, de aquel naranjo!"

"Qué se oirá de mi boca que no sea lectura"

"...y le toca  
testificar entonces un trémulo sofá"

"los ojos inflexibles de ilusión se me abrían  
a beberle a las cosas sus graves menesteres."

Este acercamiento que diríamos carnal a las cosas (en especial los árboles, la lluvia, los sitios y objetos de la infancia) emparenta la obra de Vitier con las de Vallejo, Unamuno, Machado. El primero comunicó su balbuciente y poderosísima plegaria a la obra inicial de Vitier; de los segundos la forma, desde luego, suele separarlo. Pero la voz del maestro salmantino alimenta muchos versos del autor de *Extrañeza de estar*; y "esa *otredad* que padece lo uno" es también, como en Machado, aliento y desazón de su poesía. Pues en ella la constante presencia de las cosas, en su espesor y cuerpo, tiene sobre todo un sentido hipostático que supone, a la vez, la calidad misteriosa, enigmática, de las mismas. Las cosas son cifras, símbolos, que el poeta ama por sí y por su inescrutable hueso. Como expresara Weidlé, "si en el fondo se desea ardientemente lo natural es porque nos lleva a lo sobrenatural". Es interesante reparar en cómo, al lado de nombres que se pliegan a la tierra (árbol, costa, lluvia, noche, perfume, madera, paño, jarro, sofá, mendigo), conviven adjetivos que están ausentes de una inmediata referencia sensorial (oscuro, lúcido, oculto, arrasado, espeso, onírico, voluptuoso). No hay la riqueza cromática, táctil o sonora que señalara la presencia de la observación. Es que estas cosas no avanzan hacia el poema tan sólo con sus cuerpos, sino también como misteriosas señales a las que no cabe rodear con sus usuales vestimentas. Nos hallamos frente a un "sonido viejo", un "trémulo sofá", un "casto galope"; y no, en verdad, por ese deseo de sinestesia que desde Herrera y Reissig se repite en nuestra poesía antes para enriquecer que para negar su calidad sensorial, sino porque Vitier, situado ya el objeto ante su visión, le confiere los atributos inherentes a su entraña, no a su mera corporalidad. Se repiten adjetivos como "oscuro" o "espeso", que pueden hacer referencia tanto a lo puramente material como a lo espiritual. Es un rostro indefectiblemente uno y diverso, a que el poeta se vuelve:

"Atado por la extraña respiración al mundo,  
reviso los mensajes, el enigma que adviene."

"Cada mañana los símbolos  
están de nuevo mirándome

.....

Son los árboles callados,  
son el rocío y las nubes,  
el mar salvaje, las formas  
de todas las criaturas  
bechas de nombre y de polvo."

"Cada día de mi vida te he llamado  
por los nombres de las cosas que me entregas,  
tesoros intocables, símbolos nocturnos  
que no se separan del sabor de mis sentidos  
y sin embargo son mi única luz."

El cántico de su infancia, de su patria, de los hechos menudos y puros de su vida es así, también, alabanza del misterio, acercamiento a realidades más oscuras y defintivas. En un poema nos comunica: "Oh eterna provincia, fondo / eterno ya de mi alma!" Creeríamos ver, tras estas palabras, levantarse una poesía de melancólica nostalgia por las formas idas; pero he aquí que el poeta prosigue: "Provincia mística, hogar / imposible en sí: perdido / paraíso de mis ojos...", y nos vemos arrastrados, en rauda detención, hacia una mirada más honda que no renuncia a lo inmediato, pero que lo trasciende. No sólo no renuncia a lo inmediato, sino que de ello se alimenta irremediabilmente ("...símbolos nocturnos que no se separan del sabor de mis sentidos..."). Hay una especie de fidelidad mayor a los seres para el tacto:

"...mi cuerpo  
que sólo ama lo que puede penetrar."

"Cito textualmente las estrellas".

Es, en efecto, una poesía textual, cuya sustancia—y, descendiendo a lo gramatical, cuya suma de sustantivos—brota de los sentidos (no los "sentidos mejores" gongorinos, sino los humildes *martyres*, testigos del mundo). Esa lealtad al suceso—si bien no deteniéndose en el mismo, sino percibiendo o anhelando su fondo, su "otro", su "oscuro"—

que requiere tener frente a sí fijas, paradisiacamente puras, las cosas, nos alumbra su doloroso sentido del transcurrir. "El único incommovible hogar de la poesía (...) la mudanza como esencia". Pero la poesía, como Jacob con el ángel, combate extrañamente con ese paso. Y la asalta la fiera nitidez con que se entrega el tiempo al corazón del hombre ("Y al preguntar ahora, canto en otro lúcido país"); ese lamento unamuniano ("Oh desnacer, trabajo de mi alma") que no renuncia a cristalizar en amargas formas ("...el tiempo, incesante nada"). La poesía de las cosas, de sus símbolos, es también la poesía del tiempo, de su extrañeza.

Hay dos abrumadoras realidades para quien de tal forma ha apegado su rostro al mundo y siente en su entraña el indetenible vuelo: la "sustancia" de las cosas, la "extrañeza de estar": son títulos de dos de sus mejores cuadernos. En esta labor vocada a claridad el poeta entrega, en el pórtico de su obra, el centro de donde arranca su palabra. El hecho en sí es enigmático, pero la voz del poeta requiere penetrarlo, iluminarlo. De ahí ese esfuerzo por mostrar el interior de sus creaciones; bien por "artes poéticas" (no, desde luego, en el viejo sentido horaciano, sino en el sentido irónico, pero urgido de sinceridad mayor que poseen estos intentos a partir del simbolismo); bien por referencias de unas a otras zonas de la obra, por las que retomamos un hilo soterrado bajo las palabras. Así, en *La ráfaga* se alude a *De mi provincia*; así, al penetrar en *Conjeturas* nos asalta un repasar de la obra previa. "Habíamos buscado en el hogar de la memoria y en los preludios del olvido... ¿Para saber qué? Otra vez lo mismo, de otro modo: quiénes somos, dónde estamos, cuál es nuestra sustancia." Tema solo, fijo, al cabo.

Poesía abrupta a menudo, jadeante siempre, la que nos conduce a señalarnos las cosas y su centro, el tiempo que reitera su sombra; la que clama por oídos, la que entrega "otra vez lo mismo". Pero ese movimiento que, como el del fuego, se realiza hacia sí mismo; ese jadeo y ese ímpetu, aclaran al final del libro. Cuando el ígneo Rimbaud emerge de su *raison en enfer*, ve en el cielo "playas sin fin cubiertas de blancas naciones jubilosas. Un gran navío de oro, por encima de mí, agita sus pabellones multicolores bajo las brisas de la mañana." Vuelto de ese duro girar a que ha sido sometido, abiertos sus ojos hacia más ciertas figuras, el poeta de *Vísperas*, en sus *Palabras del hijo pródigo*, siente cómo

"...el alma  
se apodera del viento desterrado  
que mueve lo que al fin poseo,  
las naves de una paz lejana."

Esa imagen del barco, viva siempre, con que el hombre identifica su viaje, su inseguridad, pero también su misterio y su alegría, inaugura con bella exactitud las *Palabras*. Abriéndose éstas con creciente serenidad, con movimiento de conquista, nos revelan la

justeza del título del libro: había el poeta levantado cada árbol, cada piedra, cada paño, en larga y comentada búsqueda; había interrogado y clamado; y había sido esta aventura de tantos años y letras, vísperas de este instante en que la claridad descende suavemente sobre su frente y el poeta parece volver a un hogar que con quieta alegría lo acoge. El poema se inicia repitiendo "ya", "al fin", como quien distiende el arco y descansa de jornada fatigosa junto a la luz. La más espléndida sencillez, la más tranquila humildad, han sido conquistadas, y el poeta reúne sus pobres objetos, los recuenta, los mira tan puros. Esos dones, en lo exterior, han venido a suplantar una nota casi constante en su *textum dicendi*: sus "imágenes de amargada suntuosidad", que dijera Lezama; el mover las palabras como piedras hostiles. Esto está aquí ausente; salvo en el instante de afiebrado pulso americano que dan los versos de "*Bestiario errante de candor...*": junto al júbilo inigualado de las catedrales, también los artesanos del Medioevo conservaban en *Bestiarios* terribles golpes de la sangre.

El libro ha sido un viaje, una aventura. El poeta había salido "para saber". Y al entrar más hondo en su pregunta, fué escuchado, supo: el viaje, como la heterodoxia chestertoniana que resultó ortodoxia, era un regreso:

*"...que mi casa o lo que fuera  
el lugar que me impulsaba, no podía estar muy lejos."*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

## DOS NOTAS SOBRE ANALECTA DEL RELOJ, DE JOSE LEZAMA LIMA

*En la revista Correo Literario, que se publica en Madrid, correspondiente al número 15 de noviembre de 1953, se publicó la siguiente nota sobre el libro Analecta del reloj, de José Lezama Lima, Ediciones Orígenes, Imprenta Ucar, García y Cía., La Habana, 1953.*

José Lezama Lima, el autor de este libro que ahora nos ocupa, no será un nombre desconocido para el lector español que siga atentamente la marcha de la poesía hispanoamericana, aunque ciertamente lo sea para una gran mayoría de lectores por culpa de esa especie de infranqueable muralla que entre todos hemos levantado—claro está que sin querer—entre las diferentes literaturas de habla española. Y digo que no será desconocido para los primeros, porque José Lezama Lima—aunque ahora nos ofrezca un libro de ensayos—es un extraordinario poeta cubano, cuyo libro *Muerte de Narciso*, hizo iniciar a un grupo de poetas cubanos—con palabras de Cintio Vitier—: "... la búsqueda de su propio canon, de su propia y distinta perfección". Este grupo, conocido en España a través, principalmente, de la Antología de Cintio Vitier, "Diez poetas cubanos", y que se agrupa en torno de la revista ORÍGENES, quizá sea el grupo poético más importante del amplio mundo de nuestra lengua. Aquel a quien esta afirmación le parezca exagerada, yo lo invito a leer esa Antología citada: comprobará asombrado la riqueza, la modernidad, la importancia de este conjunto de poetas católicos verdaderamente extraordinario. Si, además, aprecia que toda la labor que desarrollan la realizan entre el olvido y la ignorancia de sus connacionales, entre el desconocimiento de los demás, insobornablemente fieles a su vocación poética, el asombro se trocará, sin duda, en admiración. Porque ya es hora de que empecemos a admirar, así, públicamente, a un grupo de poetas al margen, pero radicalmente actuales, cuya postura y propósitos quizá recoja como nadie el propio Lezama Lima en un aforismo aparecido en "Espuela de Plata": "Mientras el hormiguero se agita—realidad, arte social, arte puro, pueblo, marfil y torre—, pregunta, responde, el Perugino se nos acerca silenciosamente, y nos da la mejor solución: *prepara la sopa, mientras tanto voy a pintar un ángel más.*"

Decía, pues, que José Lezama Lima ha sido el pulsor del grupo poético más importante de España e Hispanoamérica. A través de sucesivas revistas—"Verbum", "Espuela de Plata", "Nadie Parecía", ORÍGENES—efectivamente, Lezama Lima ha conseguido ir agrupando, lanzando, animando a poetas de la talla, por ejemplo, de Gastón Baquero, Eliseo Diego, Fina García Marruz, a que él descubrió los caminos de la poesía dentro de esas líneas que más arriba señalábamos. En su poesía se dan, en feliz conjunción, y junto a una originalidad de expresión verdaderamente sorprendente—no tanto por su

carácter insólito cuanto por que sus versos son sucesión de bellísimas sorpresas poéticas—, asimilaciones de nuestra mejor poesía clásica—me refiero a la española—y de la más reciente y avanzada poesía contemporánea, dentro de un auténtico sentido de la poesía católica. (Que no consiste, como es moda y unamunesca moda, en la imprecación únicamente.)

Pero hablemos ya de este libro de extraño título, que recoge trabajos, ensayos del autor, de muy distintas épocas y extensión. Se trata de estudios literarios, de determinaciones y precisiones en torno al fenómeno poético, en torno a la expresión poética y artística, en torno a una serie de figuras literarias. El volumen se abre con un estudio sobre Garcilaso, estudio que centra en la cualidad serena de Garcilaso para unificar en su poesía, y pese a que la polémica empieza por él y en él se ceba Castillejo, las dos direcciones que va a seguir la lírica española: la popular y la culta. El ensayo acredita un conocimiento profundo de la poesía garcilasiana, sin degenerar en ningún caso a la molesta y aburrida erudición, desembocando en un certero y agudo análisis de Garcilaso que abre camino para la interpretación gongorina.

El segundo trabajo recogido en el libro es un "Coloquio con Juan Ramón Jiménez", que me parece fundamental a la hora de conocer el pensamiento del gran lírico de nuestro siglo en torno a una serie de temas y problemas; el propio J. R. J. advierte, en una notícula, que muchas ideas de las recogidas por Lezama no las reconoce como suyas, pero que hace suyo, no obstante, cuanto le adjudica.

El tercer ensayo estudia e interpreta figura y poesía de Julián del Casal, el gran poeta cubano. Estudio e interpretación sostenidos en parangón con Baudelaire, cuya influencia sobre Casal y su alcance analiza en la primera parte, deteniéndose después en el estudio de ambas figuras desde otros puntos de vista.

Es una pena que el espacio mande en estas páginas de una manera tan avasalladora y obligue a una limitación en la longitud de estas notas, que si siempre es penosa, en este caso lo es más, pues *Analecta del Reloj* es un libro que no puede comentarse agobiado por la estrechez. Baste saber al lector que en otros ensayos estudia Lezama la poesía de Valéry, el pensamiento de Chesterton, la tradición, las imágenes, Góngora, etc. Y en ensayos o estudios más breves, una serie de temas interesantes—o que Lezama consigue hacer interesantes, por lo menos—y que abarcan de Calderón a Picasso.

Como hay que dejar aquí la nota, dejémosla. Pero con la promesa de volver sobre este libro, con más espacio por delante, sin este carácter simplemente informativo. Promesa que espero poder cumplir aquí o en otro lugar. Promesa que, en cualquier caso, se mantendrá.

MARCELO ARROITA-JÁUREGUI

*En la revista Poesía Española, que publica el poeta José García Nieto, se insertó, sobre Analecta del reloj, la siguiente nota, en su número de septiembre de 1953.*

"José Lezama Lima, una de las mayores autoridades con que cuenta la poesía hispanoamericana de hoy, ha escrito un libro de singular y difícil encanto. Sólo una personalidad tan acusada como la de Lezama Lima podía llevar a cabo este trabajo: el de pasar y repasar por temas y por nombres de la poesía de todos los tiempos—sobre los que tanto se ha dicho y escrito—dando una nueva y original perspectiva de cada uno. El, que ha sabido hacerse "centro vital" de la poesía contemporánea cubana, como ha reconocido Cintio Vitier en la nota que dedica al poeta en *Cincuenta años de poesía cubana*, él, animador de revistas, fundador de tantas empresas, entre ellas, la última importantísima de los cuadernos ORÍGENES, una de las publicaciones de más tono e importancia entre las editadas en lengua española, ha recogido ahora en este libro sus más cordiales y profundos ensayos, sus más delicadas y dedicadas preferencias. Escrito el libro con pasión y feracidad de poeta, tienen estos ensayos la virtud de arrastrar al lector a través de una prosa riquísima y encendida, a través de una continua y casi alucinante llamarada. A la serenidad ha conquistado la pasión, y los poetas más que estudiados son sometidos de nuevo a una nueva clase de poesía, la que el autor ha inventado para establecer diálogo con ellos. Así José Lezama ha conseguido en este libro esa cosa tan difícil para el escritor plural, no traicionarse al cambiar de género, mantenerse en olor de poesía teniendo entre sus manos la labor difícilísima y siempre marginal de la crítica.

*Analecta del reloj* es el recuento de un viaje por "toda" la poesía, porque efectivamente toda la poesía de un hombre es la que se queda clavada y amada en el módulo de sus elecciones. Góngora, Garcilaso, Quevedo, Valery, Juan Ramón, Casal, Mallarmé. Sí, acaso en tan pocos nombres, toda la poesía porque esa baraja tan emocionadamente espigada sirve para que Lezama nos haga entrar por sólo unas cuantas puertas en su visión fabulosa y tremante de lo que ha visto y entrevisto del eterno acontecer de la poético.

Libro para leer "con despacio"—como dice nuestra copla que hay que hacer ciertas faenas del campo—con toda la brida que podamos ponerle a esta prosa de un galopar incontenible. Ya lo dice Juan Ramón Jiménez en la nota que precede a su "coloquio" con el autor, del que damos un fragmento en otra parte de este número: "las opiniones que J. L. L. me obliga a escribir con su pletórica pluma"... En efecto, abundante, pero no excesivo es el autor en su obra, porque todo el exceso de que pudiera tildarle un lector de primera mano se volvería muy pronto necesario alrededor, creadísima materia para dejar en un mejor punto de luz el secreto de cada cuestión.

José Lezama Lima ha indagado poéticamente en la poesía. Contra tantos observadores turísticos, él ha sabido hacerse oficiante y ha penetrado con todo compromiso y responsabilidad en el misterio. El sabe mejor que nadie a qué fracaso está condenado el que tal hace, pero sabe también que si alguien se salva de tan peligroso y adánico menester, será el que vaya hacia el enigma con esa fe y con esa vocación.

## Diez Años en *Orígenes*. Advertencia

Diez años de existencia, mostrando el respeto a cada estación, en soterrada raíz y fruto visible, son una buena medida de lo cubano. Andamos siempre bordeando ese contorno temporal y, o bien se toca insuficiente, o se rebasa en estéril sobrevivencia. Quisiéramos mantenernos en el fiel que marcó su nacimiento, su indeclinable fatalidad, su alegre necesidad. Sin tocar insuficiencia o sobreañadido. Haciendo en su primera lograda unidad, diez años en su desarrollo y la extraña, misteriosa unidad de su forma poética, la misma esforzada concurrencia que fué necesaria para sus orígenes. Fué un pequeño nacimiento, que llegó a diseñar sus deseos en la dignidad de una forma, sus propias indecisiones en un ahondamiento de lo primigenio y caótico. Lejos de haber anclado en seducciones y facilidades, arribamos a los diez años de su existencia, y es el único festival que nos ha parecido digno de su cumplimiento, enfrentándonos con nuevas dificultades nacientes y otras que se esbozan con ondulante y rajado capricho demoníaco.

Si andamos diez años con vuestra indiferencia, no nos regalen ahora, se lo suplicamos, el fruto fétido de su admiración. Les damos las gracias, pero preferimos decisivamente vuestra indiferencia. La indiferencia nos fué muy útil, con la admiración no sabríamos qué hacer. A todos nos confundiría, pues nada más nocivo que una admiración viciada de raíz. Estáis incapacitados vitalmente para admirar. Representáis el *nihil admirari*, escudo de las más viejas decadencias. Habéis hecho la casa con material deleznable, plomada para el simio y piedra de infiernillo. Y si se pasean enloquecidos dentro de sus muros, ya no podrán admirar al perro que les roza moviendo su cola incomprensible.

Al cumplimentar esos primeros diez años de ORÍGENES, podemos ofrecer el primer método para operar en nuestra circunstancia: el rasguño en la piedra. Pero en esa hendidura podrá deslizarse, tal vez, el soplo

del Espíritu, ordenando el posible nacimiento de una nueva modulación.  
Después, otra vez el silencio.

#### ADVERTENCIA

Por su propia decisión, y con carácter irrevocable, el señor José Rodríguez Feo ha dejado de pertenecer a la revista ORÍGENES. El motivo alegado era su inconformidad con la publicación del artículo del señor Juan Ramón Jiménez, insertado en el número anterior. Reunidos con el señor José Lezama Lima, en su carácter de editor director, los señores Angel Gaztelu, Fina García Marruz, Cintio Vitier, Eliseo Diego, Julián Orbón, Octavio Smith, Lorenzo García Vega, pareciéndoles correctísima la publicación del texto de Juan Ramón Jiménez, ya que se trataba de una figura histórica, por muchos motivos respetable, y en extremo responsable en sus opiniones, estando, desde luego, las personas aludidas en libertad de contestar, si lo tenían a bien, desde las mismas páginas de ORÍGENES. Eso era lo correcto y eso fué lo que se hizo. Lamentando la decisión del señor José Rodríguez Feo, nos vemos obligados a cumplimentarla, al mismo tiempo que ORÍGENES continúa su marcha y su destino.

## Homenaje a Arthur Rimbaud

(1854-1954)

### *Las Iluminaciones*

Poemas en Prosa

Traducción de CINTIO VITIER

## DESPUES DEL DILUVIO

En cuanto la idea del Diluvio se sosegó,  
Una liebre se detuvo en los pipirigallos y las campanillas móviles, y dijo su plegaria  
al arco iris, a través de la tela de araña.  
Oh! las piedras preciosas que se ocultaban, —las flores que miraban ya.

En la ancha calle sucia, las carnicerías se levantaron, y fueron haladas las barcas hacia  
el mar en alto, como en los grabados.  
La sangre corrió, en casa de Barba Azul, —en los mataderos, en los circos, donde el  
sello de Dios hizo palidecer las ventanas. La sangre y la leche corrieron.  
Los castores edificaron. Los "mazagrans" humearon en los mostradores.  
En la gran casa de vidrios, todavía chorreante, los niños de luto miraron las mara-  
villosas imágenes.

Una puerta crujió, y, en la plaza de la aldea, el niño hizo girar sus brazos, compren-  
dido por todas las veletas y gallos de campanario, bajo el deslumbrante aguacero.  
Madame xxx estableció un piano en los Alpes. La misa y las primeras comuniones  
se celebraron en los cien mil altares de la catedral.  
Las caravanas partieron. Y el Splendide-Hotel fué construído en el caos de hielos y  
noche del polo.

Desde entonces, la Luna oyó a los chacales gimoteando en los desiertos de tomillo, —y  
a las églogas en suecos gruñendo en el vergel. Después, en la arboleda violeta, llena de  
retoños, Eucaris me dijo que era la primavera.  
Salta, estanque; —espuma, rueda sobre el puente y pasa por encima de los bosques;  
—paños negros y órganos, relámpagos y trueno, subid y rodad; —aguas y tristezas,  
ascended y reanimad los diluvios.  
Pues desde que se disiparon, —oh! las piedras preciosas hundiéndose, y las flores  
abiertas!— es un tedio! Y la Reina, la Maga que alumbra su brasa en la vasija de barro,  
no querrá jamás contarnos lo que ella sabe y nosotros ignoramos.

## ESCENAS

La antigua Comedia prosigue sus acordes y divide sus idilios:

Bulevares con tablados.

Un largo pilar de madera de un extremo al otro de un campo rocoso donde la multitud bárbara evoluciona bajo los árboles despojados.

En los corredores de gasa negra, siguiendo a los paseantes de linternas y hojas,

Pájaros comediantes se abaten sobre un puente de mampostería mudado por el archipiélago cubierto con las embarcaciones de los espectadores.

Escenas líricas, acompañadas de flauta y de tambor, se inclinan en los aposentos distribuidos en los cielorrasos alrededor de los salones de clubs modernos o de las salas del antiguo Oriente.

La comedia mágica maniobra en la cumbre de un anfiteatro coronado de bosquecillos, —donde se agita y modula para los Beocios, a la sombra de movientes oquedales, sobre la divisoria de las culturas.

La ópera cómica se divide en nuestra escena en la arista de intersección de diez tabiques levantados de la galería de los fuegos.

## BARBARO

Mucho después de los días y las estaciones, y los seres y los países,

El pabellón en carne sangrante sobre la seda de los mares y las flores árticas; (ellas no existen).

Repuesto de las viejas fanfarrias de heroísmo, —que nos atacan todavía el corazón y la cabeza, —lejos de los antiguos asesinos,

—Oh! el pabellón en carne sangrante sobre la seda de los mares y las flores árticas; (ellas no existen) —

Dulzuras!

Las brasas, lloviendo a ráfagas de hielo. —Dulzuras! —Esos fuegos en la lluvia de viento de diamantes lanzada por el corazón terrestre eternamente carbonizado por nosotros. —Oh mundo!

(Lejos de los viejos refugios y las viejas llamas que uno oye, que uno siente).

Las brasas y las espumas. La música, giro de los abismos y choques de témpanos en los astros.

Oh dulzuras, oh mundo, oh música! Y allí, las formas, los sudores, las cabelleras y los ojos, flotando. Y las lágrimas blancas, hirvientes, —oh dulzuras! —y la voz femenina arribada al fondo de los volcanes y de las grutas árticas... —El pabellón...

## GENIO

El es el cariño y el presente pues ha hecho la casa abierta al invierno espumoso y al rumor del estío —él que ha purificado las bebidas y los alimentos —él que es el encanto de los sitios fugaces y la delicia sobrehumana de las estaciones. —El es el cariño y el porvenir, la fuerza y el amor que nosotros, de pie en las rabias y los hastíos, vemos pasar por el cielo tempestuoso y las banderas de éxtasis.

El es el amor, medida perfecta y reinventada, razón maravillosa e imprevista, y la eternidad: máquina amada de cualidades fatales. Todos hemos tenido el espanto de su privilegio y el nuestro: oh goce de nuestra salud, ímpetu de nuestras facultades, cariño egoísta y pasión por él —que nos ama para su vida infinita...

Y lo volvemos a llamar y él viaja... Y si la Adoración se va, suena, su promesa suena: "Atrás esas supersticiones, esos antiguos cuerpos, esos ahorros y esas edades. Esta es la época que ha zozobrado!"

El no se irá, él no redescenderá de un cielo, él no consumará la redención de las cóleras de las mujeres y las alegrías de los hombres y de todo ese Pecado: porque ya eso es hecho, siendo él, y siendo amado.

Oh sus hálitos, sus testas, sus carreras: la terrible celeridad de la perfección de las formas y de la acción!

Oh fecundidad del espíritu e inmensidad del universo!

Su cuerpo! el desasimiento soñado, el destrozo de la gracia cruzada de violencia nueva!  
Su vista, su vista! todas las humillaciones antiguas y las penas *realzadas* en su séquito.  
Su día! la abolición de todos los sufrimientos sonoros y móviles en la música más intensa.

Su paso! la migración más enorme que las antiguas invasiones.  
Oh El y nosotros! el orgullo más benévolo que las caridades perdidas.  
Oh mundo! y el canto claro de las desdichas nuevas!

Nos ha conocido a todos y a todos nos ha amado: sepamos, esta noche de invierno, del cabo al cabo, del polo tumultuoso al castillo, de la muchedumbre a la playa, de la mirada a la mirada, fuerzas y sentimientos cansados, llamarlo y verlo, y despedirlo, y, ante las mareas y en lo alto de los desiertos de nieve, seguir sus designios, —sus hábitos, —su cuerpo, —su día.

#### MISTICA

Sobre la pendiente del talud, los ángeles voltean sus ropas de lana, en los herbazales de acero y de esmeralda.

Prados de llamas saltan hasta la cumbre del cerro. A la izquierda, el mantillo de la divisoria está pisoteado por todos los homicidios y todas las batallas, y todos los ruidos desastrosos hilan su curva. Detrás de la divisoria derecha, la línea de los orientes, de los progresos.

Y, en tanto que la banda, en lo alto del cuadro, está formada por el rumor giratorio y saltante de las conchas de los mares y de las noches humanas,

La dulzura florida de las estrellas, y del cielo, y de todo el resto descende frente al talud, como una cesta, contra nuestro rostro, y hace el abismo floreciente y azul allá abajo.

#### HUELLAS

A la derecha el alba de estío despierta las flores y las nieblas y los ruidos de ese rincón del parque, y los taludes de la izquierda guardan en su sombra violeta las mil rápidas huellas del camino húmedo. Desfile de hechicerías. En efecto: carros cargados

de animales de madera dorada, de mástiles y telas pintarrajeadas, al gran galope de veinte caballos manchados de circo, y los niños, y los hombres, sobre sus bestias más asombrosas; —veinte vehículos gibosos, empavesados y floridos como carrozas antiguas o de Cuentos, llenos de niños ataviados para una pastoral suburbana. —Incluso ataúdes bajo su palio de noche levantando los penachos de ébano, corriendo al trote de los grandes jumentos azules y negros.

#### FLORES

Desde una gradería de oro, —entre los cordones de seda, las gasas grises, los terciopelos verdes y los discos de cristal que se oscurecen como bronce al sol,— veo a la digital abrirse sobre un tapiz de filigranas de plata, ojos y cabelleras.

Piezas de oro amarillo sembradas sobre el ágata, pilares de caoba soportando un domo de esmeraldas, ramilletes de satén blanco y de finas varas de rubí rodean la rosa de agua.

Como un dios de enormes ojos azules y formas de nieve, el mar y el cielo atraen a las terrazas de mármol la muchedumbre de jóvenes y fuertes rosas.

#### ANTIGUO

Gracioso hijo de Pan! En torno a tu frente coronada de florecillas y bayas, tus ojos, bolas preciosas, se agitan. Manchadas de parda hez, tus mejillas se ahuecan. Tus colmillos resplandecen. Tu pecho semeja una cítara, tintineos circulan por tus brazos rubios. Tu corazón late en ese vientre donde duerme el doble sexo. Paséate, de noche, moviendo dulcemente este muslo, aquel muslo y esta pierna izquierda.

#### H

Todas las monstruosidades violan los gestos atroces de Hortensia. Su soledad es la mecánica erótica; su lasitud, la dinámica amorosa. Vigilada por una infancia, ha sido, en épocas numerosas, la ardiente higiene de las razas. Su puerta está abierta a la miseria. Allí, la moralidad de los seres actuales se descorporiza en su pasión o en su acción. —Oh

terrible escalofrío de los amores novicios sobre el suelo ensangrentado y luminoso de hidrógeno!—encontrad a Hortensia.

#### A UNA RAZON

Un golpe de tu dedo sobre el tambor descarga todos los sonidos y comienza la nueva armonía.

Un paso tuyo, es el alzamiento de los nuevos hombres y su avance.

Tu cabeza se aparta: el nuevo amor! Tu cabeza se vuelve: el nuevo amor!

“Cambia nuestra suerte, acribilla las plagas, comenzando por el tiempo”, te cantan esos niños. “Levanta no importa a dónde la sustancia de nuestras fortunas y de nuestros deseos”, te suplican.

Llegada de siempre, te irás por todas partes.

#### ANGUSTIA

¿Es posible que Ella me haga perdonar las ambiciones continuamente aplastadas,—que un fácil fin repare los años de indigencia,—que un día de triunfo nos aduerma sobre el rubor de nuestra ineptitud fatal?

(Oh palmas! diamante! —Amor, fuerza!—más alto que todas las alegrías y glorias! —de todas las formas,—en todas partes, demonio, dios,—juventud de este ser aquí: yo!)

Que los accidentes de magia científica y los movimientos de fraternidad social sean queridos como restitución progresiva de la franqueza primera?...

Pero la Vampira que nos vuelve gentiles nos ordena divertirnos con lo que nos deja, o que de lo contrario seamos aún más bufonescos.

Rodar a las heridas, por el aire cansado y el mar; a los suplicios, por el silencio de las aguas y de los aires mortíferos; a las torturas que ríen, en su silencio atrocemente espumoso.

#### MAÑANA DE EMBRIAGUEZ

Oh *mi* Bien! Oh *mi* Belleza! Fanfarria atroz en que no vacilo! Caballete mágico! Hurra por la obra inaudita y el cuerpo maravilloso, por la primera vez! Comenzó bajo las risas de los niños, terminará con ellas. Ese veneno permanecerá en todas nuestras venas aún cuando, al girar la fanfarria, seamos devueltos a la antigua inarmonía. Oh, ahora, nosotros, tan dignos de esas torturas! reunamos fervientemente esta promesa sobrehumana hecha a nuestro cuerpo y a nuestra alma creados: esta promesa, esta locura! La elegancia, la ciencia, la violencia! Se nos ha prometido sepultar en la sombra el árbol del bien y del mal, desterrar las honestidades tiránicas, para que conduzcamos nuestro purísimo amor. Comenzó por ciertas repugnancias y termina,—al sernos imposible poseer de inmediato esa eternidad,—con una desbandada de perfumes.

Risa de los niños, discreción de los esclavos, austeridad de las vírgenes, horror de los rostros y los objetos de aquí, consagrados seáis por el recuerdo de esta vigilia. Comenzaba con toda la grosería, he aquí que termina con ángeles de llama y de hielo.

Pequeña vigilia de embriaguez, santa! aunque sólo fuese por la máscara que nos has dado en premio. Te afirmamos, método! No olvidamos que tú glorificaste ayer cada una de nuestras edades. Tenemos fe en el veneno. Sabemos dar nuestra vida entera todos los días.

He aquí el tiempo de los ASESINOS.

#### ALBA

Yo he abrazado el alba de estío.

Aún nada se movía en la frente de los palacios. El agua estaba muerta. Los campos de sombras no abandonaban el camino del bosque. Yo marchaba, soñando los alientos vivos y tibios; y las pedrerías miraban, y las alas se elevaban sin ruido.

La primera aventura fué, en el sendero ya colmado de frescos y pálidos destellos, una flor que me dijo su nombre.

Reí a la catarata que se destrenzaba a través de los pinos: en la cima argentada reconocí a la diosa.

Entonces alcé uno a uno los velos. En la alameda, agitando los brazos. Por la llanura, donde la denuncié al gallo. En la ciudad, huía por entre los campanarios y las cúpulas; y, corriendo como un mendigo sobre los muelles de mármol, la perseguía.

En lo alto del camino, cerca de un bosque de laureles, la rodé con sus velos amontonados, y sentí un poco su inmenso cuerpo. El alba y el niño cayeron a lo hondo del bosque.

Al despertar, era mediodía.

#### FRASES

Cuando el mundo quede reducido a un solo bosque negro para nuestros ojos asombrados,—a una playa para dos niños fieles,—a una casa musical para nuestra clara simpatía—, te encontraré.

Que no haya aquí abajo más que un anciano solo, sereno y hermoso, rodeado de un lujo inaudito, y estaré a tus rodillas.

Que yo haya realizado todos tus recuerdos,—que sea la que sabe sujetarte,—te ahogaré.

\*

Cuando somos muy fuertes,—¿quién retrocede?; muy alegres,—¿quién cae de ridículo? Cuando somos muy malvados,—¿qué harían de nosotros?

Adornaos, danzad, reíd. No podré jamás arrojar el Amor por la ventana.

\*

Mi camarada, mendiga, niña monstruo! cuán poco te importan, esas desdichadas y esos obreros, y mis turbaciones. Unete a nosotros con tu voz imposible, tu voz!, único halago de esta vil desesperación.

\*

Una mañana nublada, en julio. Un gusto de cenizas vuela en el aire;—un olor de madera sudando en el fogón,—las flores herrumbrosas,—la confusión de los paseos,—el vapor de las acequias por los campos,—¿por qué no también los juguetes y el incienso?

\*

He tendido cuerdas de campanario a campanario; guirnaldas de ventana a ventana; cadenas de oro de estrella a estrella, y danzo.

\*

El alto estanque humea continuamente. ¿Qué hechicera va a levantarse sobre el poniente blanco? ¿Qué follajes violetas van a descender?

\*

Mientras los fondos públicos se derrochan en fiestas de fraternidad, suena una campana de fuego rosa en las nubes.

\*

Avivando un agradable gusto a tinta de China, un polvo negro llueve dulcemente sobre mi vigilia. Entorno las luces de la araña, me arrojo en el lecho, y, vuelto hacia el lado de la sombra, os veo, mis hijas! mis reinas!

\*

La cascada suena detrás de las chozas de ópera cómica. Girándulas se prolongan en los jardines y las alamedas vecinas al meandro,—los verdes y los rojos del poniente. Ninfas de Horacio peinadas estilo Primer Imperio.—Rondas siberianas, Chinas de Boucher.

#### NOCTURNO VULGAR

Un soplo abre operádicas brechas en los tabiques,—enreda el eje de los techos roídos,—dispersa los límites de los hogares,—eclipsa las ventanas.

A lo largo de la viña, apoyando el pie en una gárgola, descendí en esa carroza cuya época está suficientemente indicada por los espejos convexos, los paneles abombados y los sofás torcidos. Carroza fúnebre de mi sueño, aislada, casa de pastor de mi simpleza, el vehículo vira sobre el césped del gran camino borrado: y en un defecto del espejo de la derecha giraban las pálidas figuras lunares, hojas, senos.

—Un verde y un azul oscurísimos invaden la imagen.

Desenganche en los alrededores de una mancha de grava.

—Aquí silbaremos por la tempestad, y las Sodomias y las Solimas, y las bestias feroces y los ejércitos.

(¿Postillón y bestias de sueño retomarán la marcha bajo los más sofocantes oquedales, para hundirme hasta los ojos en la fuente de seda?)

Y enviarnos, flagelados a través de las aguas chapoteantes y las bebidas derramadas, a rodar sobre el ladrido de los dogos...

—Un soplo dispersa los límites del hogar.

## VELADAS

### I

Es el reposo encendido, ni fiebre, ni languidez, sobre el lecho o sobre el prado.

Es el amigo, ni ardiente ni débil. El amigo.  
Es la amada, ni dolorosa ni dolorida. La amada.

El aire y el mundo no buscados. La vida.  
—¿Era, pues, esto?  
—Y el sueño que refresca.

### II

La luz vuelve al árbol de cimientos. De los dos extremos de la sala, decorados cualesquiera, elevaciones armónicas se ajustan. La muralla frente al velador es una sucesión psicológica de copas, frisos, bandas atmosféricas y accidentes geológicos.—Sueño intenso y rápido de grupos sentimentales con seres de todos los caracteres entre todas las apariencias.

### III

Las lámparas y los tapices de la velada hacen el ruido de las olas, por la noche, a lo largo del casco y alrededor de la proa.

El mar de la velada, como los senos de Amelia.

Las tapicerías, hasta la mitad de la altura, bosquecillos de encaje tinto en esmeralda, donde se lanzan las tórtolas de la velada...

La placa del foco negro, soles reales de las playas: ah! pozos de magia; sola visión de la aurora, esta vez.

## IV

Estás todavía en la tentación de Antonio. La diversión del fervor mutilado, los tics de orgullo pueril, el hundimiento y el espanto.

Pero te aplicarás a este trabajo: todas las posibilidades armónicas y arquitecturales se conmoverán en torno a tu sede. Seres perfectos, imprevistos, se ofrecerán a tus experiencias. En tus aledaños afluirá soñadoramente la curiosidad de antiguas muchedumbres y ociosos lujos. Tu memoria y tus sentidos no serán sino el alimento de tu impulsión creadora. En cuanto al mundo, cuando tú salgas, ¿qué será de él? En todo caso, nada de las apariencias actuales.

## INFANCIA

### I

Este ídolo, ojos negros y crin amarilla, sin padres ni corte, más noble que la fábula, mexicano y flamenco; su dominio, azur y verdor insolentes, corre sobre playas nombradas, por olas sin navíos, con nombres ferozmente griegos, eslavos, célticos.

En el confín del bosque,—las flores de sueño tintinean, estallan, iluminan,—la muchacha de labios de naranja, cruzadas las rodillas en el claro diluvio que surge de los prados, desnudez que sombrean, atraviesan y visten los arcoiris, la flora, el mar.

Damas que giran en las terrazas vecinas al mar; niños y gigantes, soberbios negros en el musgo verde-gris, joyas de pie sobre el suelo graso de los bosquecillos y de los jardines deshelados,—jóvenes madres y grandes hermanas con miradas llenas de peregrinaje, sultanas, princesas de andar y atuendo tiránicos, pequeñas extranjeras y personas dulcemente desdichadas.

¡Qué hastío, la hora del "querido cuerpo" y "querido corazón"!

### II

Es ella, la pequeña muerta, detrás de los rosales.—La joven madre difunta desciende

la escalinata.—La calesa del primo grita en la arena.—El hermanito (está en las Indias!) allí, ante el poniente, en el prado de claveles.—Los ancianos que han sido enterrados, derechos en la muralla de los alhelíes.

El enjambre de hojas de oro rodea la casa del general.—La familia está en el sur.—Se sigue el camino rojo para llegar a la posada vacía. El castillo está en venta; las persianas, desprendidas.—El cura se habrá llevado la llave de la iglesia.—Alrededor del parque, las viviendas de los guardas están deshabitadas. Las empalizadas son tan altas que sólo se ven las cimas rumorosas. Por otra parte, no hay nada que ver ahí dentro.

Los prados suben a las aldeas sin gallos, sin yunques. La esclusa está levantada. Oh los calvarios y los molinos del desierto, las islas y las muelas de molino!

### III

Zumbaban flores mágicas. Los taludes lo acunaban. Circulaban bestias de una elegancia fabulosa. Las nubes se amasaban sobre la alta mar hecha de una eternidad de cálidas lágrimas.

### IV

En el bosque hay un pájaro, su canto os detiene y ruboriza.

Hay un reloj que no suena.

Hay una hondonada con un nido de bestias blancas.

Hay una catedral que desciende y un lago que sube.

Hay un pequeño carruaje abandonado en la espesura o que baja corriendo por el sendero, lleno de cintas.

Hay una banda de cómicos de la legua en trajes de teatro, percibidos en el camino a través de los confines del bosque.

Hay, en fin, cuando uno tiene hambre y sed, alguien que os expulsa.

### V

Soy el santo, en oración en la terraza, cuando las bestias llegan hasta el mar de Palestina.

Soy el sabio en el sillón sombrío. Las ramas y la lluvia golpean la ventana de la biblioteca.

Soy el caminante de la ancha carretera entre los bosques enanos; el rumor de las esclusas cubre mis pasos. Por largo tiempo veo la melancólica lejía de oro del poniente.

Sería gustoso el niño abandonado en el muelle que partió hacia la alta mar, el pajecillo que sigue la alameda cuya frente toca el cielo.

Los senderos son ásperos. Los montículos se cubren de retamas. El aire está inmóvil. ¡Qué lejos los pájaros y las fuentes! Tiene que ser el fin del mundo, si avanzamos.

### VI

Que me alquilen por fin esa tumba, blanqueada de cal, con las líneas del cemento en relieve,—muy lejos bajo tierra.

Me acodo en la mesa, la lámpara alumbrá muy vivamente esos periódicos que idiotamente releo, esos libros sin interés.

A una distancia enorme por encima de mi salón subterráneo, las casas se establecen, las brumas se reúnen. El barro es rojo o negro. Ciudad monstruosa, noche sin fin!

A menor altura están los albañales. A los lados, nada más que el espesor del globo. ¿Los abismos de azur, los pozos de fuego? Es tal vez en esos planos donde se encuentran lunas y cometas, mares y fábulas.

En las horas de amargura, imagino esferas de zafiro, de metal. Soy dueño del silencio. ¿Por qué una apariencia de tragaluz palidecería en el rincón de la bóveda?

## CIUDADES I

Estas son ciudades! Es un pueblo para el que se han levantado esos Alleghanys y Líbanos de sueño! Chalets de cristal y madera se mueven sobre raíles y poleas invisibles. Los viejos cráteres ceñidos de colosos y palmeras de cobre enrojecen melodiosamente en los fuegos. Fiestas amorosas tañen en los canales colgados detrás de los chalets. La caza de los carrillones grita en las gargantas. Corporaciones de cantantes gigantescos acuden en vestidos y oriflomas deslumbrantes como la luz de las cimas. Sobre las plataformas, en medio de los remolinos, los Rolandos suenan su bravura. Sobre las pasarelas del abismo y los techos de las cabañas, el ardor del cielo empavesa los mástiles. El desplome de las apoteosis reúne los campos de las alturas donde las centauresas seráficas evolucionan entre las avalanchas. Sobre el nivel de las más altas crestas, un mar agitado por el nacimiento eterno de Venus; cargado de flotas orfeónicas y del rumor de perlas y conchas preciosas, el mar se pone a veces sombrío con esplendores mortales. En las vertientes, cosechas de flores, grandes como nuestras armas y nuestras copas, braman. Cortejos de Mabs en ropas rojizas, opalinas, suben los barrancos. Allá arriba, con los pies en la cascada y los espinos, los ciervos maman de Diana. Las Bacantes de los arrabales sollozan y la luna arde y aúlla. Venus entra en las cavernas de los herreros y los ermitaños. Grupos de torres cantan las ideas de los pueblos. De los castillos edificadas en hueso sale la música desconocida. Todas las leyendas evolucionan y los ímpetus se arrojan en los burgos. El paraíso de las naranjas se hunde. Los salvajes danzan sin cesar la Fiesta de la Noche. Y, una hora, yo he descendido al movimiento de un paseo de Bagdad donde bandadas han cantado la alegría del trabajo nuevo, bajo una brisa espesa, circulando sin poder eludir los fabulosos fantasmas de los montes en que uno ha debido reencontrarse.

¿Qué brazos buenos, qué bella hora me devolverán esa región de donde vienen mis sueños y mis menores movimientos?

## FAIRY

Para Helena se conjuraron las savias ornamentales en las sombras vírgenes y las claridades impasibles en el silencio astral. El ardor del estío fué confiado a pájaros mudos y la indolencia perdida a una barca de inapreciables lutos por golfos de amores muertos y perfumes agobiados.

—Después del momento del canto de los leñadores en el rumor del torrente bajo la

ruina de los bosques, de las esquilas de los ganados en el eco de los valles, y los gritos de las estepas.—

Para la infancia de Helena se estremecieron las espesuras y las sombras, y el seno de los pobres, y las leyendas del cielo.

Y sus ojos y su danza superiores aún a los destellos preciosos, a las influencias frías, al placer de la decoración y de la hora únicas.

## BEING BEAUTEOUS

Ante una nieve, un Ser de belleza de alta estatutura. Silbidos de muerte y círculos de música sorda hacen subir, alargarse y temblar como un espectro a ese cuerpo adorado; heridas escarlatas y negras resplandecen en las carnes soberbias.—Los colores propios de la vida se oscurecen, danzan y se desprenden alrededor de la visión, en el taller.—Y los estremecimientos se elevan y rugen, y el sabor furioso de esos efectos cargando con los silbidos mortales y las roncas músicas que el mundo, lejos detrás de nosotros, lanza sobre nuestra madre de belleza,—ella retrocede, se alza! Oh! nuestros huesos se han revestido de un nuevo cuerpo amoroso.

Oh el rostro ceniciento, el escudo de crin, los brazos de cristal! el cañón sobre el que debo abatirme a través de la refriega de los árboles y el aire ligero!

## CIUDADES II

La acrópolis oficial entre las concepciones más colosales de la barbarie moderna: imposible expresar la luz mate producida por el cielo, inmutablemente gris, el resplandor imperial de las edificaciones, y la nieve eterna del suelo. Se han reproducido, dentro de un gusto de enormidad singular, todas las maravillas clásicas de la arquitectura, y asisto a exposiciones de pintura en locales veinte veces más vastos que Hampton-Court. ¡Qué pintura! Un Nabucodonosor noruego ha hecho construir las escaleras de los ministerios; los subalternos que he podido ver son ya más fieros que Brennus, y he temblado ante el aspecto de los guardianes de colosos y oficiales de construcción. Por el agrupamiento de las edificaciones en plazas, patios y terrazas cerradas, han embriagado a los cocheros. Los parques representan la naturaleza primitiva trabajada con un arte soberbio, el barrio alto tiene partes inexplicables: un brazo de mar, sin barcos, rueda su mantel de granizo azul entre muelles cargados de candelabros gigantes. Un puente

corto conduce a una poterna inmediatamente debajo de la cúpula de la Santa Capilla. Esa cúpula es una armadura artística de acero de cerca de quince mil pies de diámetro.

En algunos puntos de las pasarelas de cobre, de las plataformas, de las escaleras que contornean los mercados y los pilares, he creído poder juzgar las profundidades de la ciudad! El prodigio que no he podido comprender es: ¿cuáles son los niveles de los otros barrios encima o debajo de la acrópolis? Para el extranjero de nuestro tiempo, el reconocimiento es imposible. El barrio comercial es un circo de un solo estilo, con galerías de arcadas. No se ven tiendas, pero la nieve del empedrado está aplastada; ciertos nababs, tan raros como los paseantes de una mañana de domingo en Londres, se dirigen hacia una diligencia de diamantes. Algunos divanes de terciopelo rojo: se sirven bebidas polares cuyo precio varía de ochocientas a ocho mil rupias. Ante la idea de buscar teatros en ese circo, me respondo que las tiendas deben encerrar dramas bastante sombríos. Supongo que habrá una policía; pero la ley debe ser tan extraña, que renuncio a hacerme una idea de los aventureros de aquí.

El arrabal, tan elegante como una bella calle de París, es favorecido por un aire de luz; el elemento democrático cuenta con unas cien almas. Allí tampoco las casas se continúan; el arrabal se pierde extravagantemente en la campiña, el "Condado" que llena el occidente eterno de los bosques y de las plantaciones prodigiosas donde los gentilhombres salvajes persiguen sus crónicas bajo la luz que han creado.

#### METROPOLITANO

Del estrecho índigo a los mares de Ossian, sobre la arena rosa y naranja que ha lavado el cielo vinoso, vienen de subir y cruzarse los bulevares de cristal en seguida habitados por jóvenes familias pobres que se alimentan en las fruterías. Nada rico.—La ciudad.

Del desierto de betún huyen, a la deriva con los manteles de brumas escalonadas en lienzos horribles hacia el cielo que recurva, retrocede y desciende formado de la más siniestra humareda negra que pueda hacer el Océano enlutado, los cascos, las ruedas, las barcas, las grupas.—La batalla.

Levanta la cabeza: ese puente de madera, arqueado; esos últimos huertos; esas máscaras encendidas bajo la linterna golpeada por la noche fría; la ondina simple de ropa bulliciosa en los bajos del río; esos cráneos luminosos en los planteles de guisantes,—y las otras fantasmagorías.—La campiña.

Esos caminos bordeados de verjas y muros, apenas conteniendo sus boscajes, y las atroces flores que uno llamaría corazones y hermanas, damascos maldicientes de languidez,—posiciones de mágicas aristocracias ultra-renanas, Japonesas, Guaraníes, adecuadas todavía para recibir la música de los antiguos,—y hay cabañas que ya jamás abren;—hay princesas, y, si no estás excesivamente oprimido, el estudio de los astros.—El cielo.

La mañana que con Ella os debatísteis entre esos relámpagos de nieve, labios verdes, hielos, estandartes negros y esos rayos azules, y esos perfumes purpúreos del sol de los polos.—Tu fuerza.

#### PROMONTORIO

El alba de oro y la noche trémula encuentran nuestro bergantín frente a esta villa y sus dependencias que forman un promontorio tan extenso como el Pireo y el Peloponeso, o como la gran isla del Japón, o como la Arabia! Templos arcaicos iluminados por la entrada de las teorías; inmensas vistas de la defensa de las costas modernas; dunas ilustradas de cálidas flores y orgías; grandes canales de Cartago y malecones de una Venecia ambigua; blandas erupciones de Etnas y grietas de flores y de aguas. Glaciares, lavaderos rodeados de álamos de Alemania, declives de parques singulares; y las fachadas esféricas de los "Royal" o los "Grand" de algún Brooklin; y sus ferrocarriles flanquean, excavan, desploman las disposiciones de ese hotel, escogidas en la historia de las más elegantes y las más colosales construcciones de Italia, América y Asia, cuyas ventanas y terrazas, ahora llenas de luces, de bebidas y brisas ricas, están abiertas al espíritu de los viajeros y de los nobles, que permiten, en las horas del día, a todas las tarantelas ilustres del arte decorar maravillosamente las fachadas del Palacio Promontorio.

#### TARDE HISTORICA

En una tarde, por ejemplo, que se encuentra el ingenuo turista, retirado de nuestros horrores económicos, la mano de un maestro anima el clavecín de los prados; se juega a las cartas en el fondo del estanque, espejo evocador de reinas y lindas; tenemos las santas, los velos, y los hijos de armonía, y los cromatismos legendarios, en el poniente.

Tiembla al paso de las cacerías y las hordas. La comedia gotea en los tablados de césped. Y la turbación de los pobres y los débiles en esos planos estúpidos!

Esclava de su visión, la Alemania se construye hacia las lunas; los desiertos tártaros se iluminan; las rebeliones antiguas hormigean en el centro del Celeste Imperio; por las escaleras y los sillares de roca, un pequeño mundo lívido y chato, Africa y Occidente, va a edificarse. Luego un ballet de mares y de noches conocidas, una química sin valor, y melodías imposibles.

La misma magia burguesa en todos los rincones donde el baúl nos deposite! El físico más elemental siente que no es posible someterse a esta atmósfera personal, bruma de remordimientos físicos, cuya constatación es ya una aflicción.

No! El momento de la estufa, del rapto de los mares, de los abrazos subterráneos, del planeta arrebatado, y de las exterminaciones consecuentes, certidumbres tan poco malignamente indicadas en la Biblia y por las Normas y que será dado al ser serio vigilar.—Sin embargo, no ha de ser un efecto de leyenda!

#### PARADA

Tunantes muy sólidos. Muchos de ellos han explotado vuestros mundos. Sin necesidades, y poco urgidos de emplear sus brillantes dones y sus conocimientos de vuestras conciencias. ¡Qué madurez de hombres! Ojos embrutecidos a la manera de la noche de estío, rojos y negros, tricolores, de acero picado con estrellas de oro; fisonomías deformes, plúmbicas, lívidas, incendiadas; ronqueras guasonas! La marcha cruel de los oropeles! —Hay algunos jóvenes, —¿cómo mirarían a Querubín?—provistos de voces aterradoras y de ciertos recursos peligrosos. Se les envía a la ciudad a descansar, disfrazados de un *lujo* repugnante.

Oh el más violento Paraíso de la mueca rabiosa! Sin comparación con vuestros Fakires y las demás bufonerías escénicas. En trajes improvisados, con el sabor de la pesadilla, representan farsas, tragedias de malandrines y de semidioses espirituales como no lo han sido nunca la historia o las religiones. Chinos, hotentotes, bohemios, bobos, hienas, Molochs, viejas demencias, demonios siniestros, mezclan los giros populares, maternales, con las actitudes y las ternuras bestiales. Interpretarían piezas nuevas y canciones "para señoritas". Maestros juglares, transforman el sitio y las personas y utilizan la comedia magnética. Los ojos llamean, la sangre canta, los huesos se alargan, las lágrimas e hilos rojos chorrean. Su burla o su terror dura un minuto, o meses enteros.

Sólo yo poseo la clave de esta parada salvaje.

#### CUENTO

Un Príncipe sentía el fastidio de no emplearse jamás sino en la perfección de las generosidades vulgares. Preveía asombrosas revoluciones del amor, y suponía a sus mujeres capaces de algo mejor que esa complacencia adornada de cielo y de lujo. Quería ver la verdad, la hora del deseo y de la satisfacción esenciales. Fuera o no una aberración de piedad, lo quiso. Al menos poseía un poder humano bastante extenso.

Todas las mujeres que lo habían conocido fueron asesinadas: qué trastorno del jardín de la Belleza! Bajo el sable, lo bendecían. El no pidió otras. —Las mujeres reaparecieron.

Mató a todos los que le seguían, después de la caza o las libaciones. —Todos lo seguían.

Se divirtió en estrangular las bestias de lujo. Hizo llamear los palacios. Se arrojaba sobre las gentes y las tajaba. —La multitud, los techos de oro, las bellas bestias existían aún.

Puede uno extasiarse en la destrucción, rejuvenecer por la crueldad! El pueblo no murmuraba. Nadie ofreció el concurso de sus opiniones.

Una tarde, galopaba fieramente. Un Genio apareció, de una belleza inefable, incluso inconcesable. De su fisonomía y su talante brotaba la promesa de un amor múltiple y complejo! de una dicha indecible, incluso insoportable! El Príncipe y el Genio se anonadaron probablemente en la salud esencial. ¿Cómo hubieran podido no morir de ella? Juntos, pues, murieron.

Pero ese Príncipe falleció, en su palacio, a una edad ordinaria. El Príncipe era el Genio. El Genio era el Príncipe. —La música sabía falta a nuestro deseo.

#### REALEZA

Una bella mañana, en un pueblo lleno de dulzura, un hombre y una mujer soberbios gritaban en la plaza pública: "¡Amigos míos, quiero que sea reina!" "¡Quiero ser reina!" Ella reía y temblaba. El hablaba a los amigos de revelación, de prueba terminada. Desfallecían, el uno contra el otro.

En efecto, fueron reyes toda una mañana, en que las colgaduras carmesíes se levantaron otra vez sobre las casas, y toda la tarde, en que avanzaron del lado de los jardines de palmas.

## OBREROS

Oh esta cálida mañana de febrero! El Sur inoportuno vino a reanimar nuestros recuerdos de absurdos indigentes, nuestra joven miseria.

Henrika tenía una falda de algodón con dibujos blancos y pardos, que debió usarse en el siglo pasado, una cofia con cintas y un pañuelo de seda. Era más triste que un luto. Dábamos un paseo por las afueras. El tiempo estaba nublado, y ese viento sur excitaba todos los plebeyos olores de los jardines destruidos y las praderas agostadas.

Aquello no debía fatigar a mi mujer en la misma medida que a mí. En una charca dejada por la inundación del mes anterior sobre un sendero bastante alto, me hizo notar la presencia de tres pececillos.

La ciudad, con su humareda y el ruido de sus oficios, nos seguía muy lejos por los caminos. Oh el otro mundo, la habitación bendecida por el cielo, y los parajes umbríos! El Sur me recordaba los miserables incidentes de mi infancia, mis desesperaciones de estío, la horrible cantidad de fuerza y de ciencia que la suerte ha alejado siempre de mí. No! no pasaremos el verano en este avaro país donde nunca seremos otra cosa que novios huérfanos. Quiero que este brazo endurecido no arrastre más una querida imagen.



Cielos grises de cristal! Un extraño dibujo de puentes, éstos derechos, aquéllos rizados, otros descendiendo oblicuamente en ángulos sobre los primeros; y esas figuras renovándose en los otros circuitos alumbrados del canal, pero todos de tal modo largos y ligeros que las orillas, cargadas de domos, decaen y disminuyen. Algunos de esos puentes están todavía cargados de ruinas. Otros sostienen mástiles, señales, débiles parapetos. Acordes menores se cruzan, y siguen; suben cuerdas de los ribazos. Se distingue una veste roja, quizás otros trajes e instrumentos de música. ¿Son aires populares, extremos de conciertos señoriales, sobrantes de himnos públicos? El agua es gris y azul, larga como un brazo de mar.

Un rayo blanco, desplomándose de lo alto del cielo, anonada esta comedia.

## CIUDAD

Soy un efímero y no demasiado descontento ciudadano de una metrópoli que se juzga moderna porque todo gusto conocido se ha evitado en los mobiliarios y en el

exterior de las casas tanto como en el plano de la ciudad. Aquí no señalaríais los rastros de ningún monumento de superstición. La moral y el idioma, en fin, están reducidos a su expresión más simple! Esos millones de gentes que no necesitan conocerse conducen tan parejamente la educación, el oficio y la vejez, que el curso de la vida debe ser muchas veces más corto de lo que una loca estadística encuentra para los pueblos del Continente. Por eso cuando, desde mi ventana, veo nuevos espectros rodando a través de la espesa y eterna humareda de carbón—nuestra sombra de los bosques, nuestra noche de estío!—, nuevas Erinnias, ante mi casita que es mi patria y mi corazón, pues todo aquí se le parece, —la Muerte sin lágrimas, nuestra activa hija y criada, un Amor desesperado y un lindo Crimen lloriquean en el barro de la calle.

## PARTIDA

Visto lo justo. La visión se ha vuelto a encontrar en todos los aires.

Tenido lo justo. Rumores de las ciudades, por la tarde, y al sol, y siempre.

Conocido lo justo. Las pausas de la vida. —Oh Rumores y Visiones!

Partida en el cariño y el ruido nuevos.

## JUVENTUD

### I

*Domingo*

Los cálculos laterales, el inevitable descenso del cielo, la visita de los recuerdos y la sesión de los ritmos ocupan la morada, la cabeza y el mundo del espíritu.

—Un caballo se escapa sobre la pista suburbana y a lo largo de las culturas y las plantaciones, atravesado por la peste carbónica. Una miserable mujer de drama, en algún lugar del mundo, suspira después de improbables abandonos. Los desesperados languidecen después del huracán, la embriaguez y las heridas. Pequeños niños ahogan maldiciones a lo largo de los ríos.

Retomemos el estudio al ruido de la obra devorante que se reúne y remonta en las masas.

## II

### *Soneto*

Hombre de constitución ordinaria, ¿no era la carne un fruto pendiente en el jardín; —oh días infantiles! el cuerpo un tesoro que prodigar; —oh amor, el peligro o la fuerza de Psyché? La tierra tenía vertientes fértiles en príncipes y artistas, y la descendencia y la raza os empujaban a los crímenes y duelos: el mundo, vuestra fortuna y vuestro peligro. Pero ahora, esa labor cumplida, tú, tus cálculos, —tú, tus impaciencias—no son más que vuestra danza y vuestra voz, no fijadas ni forzadas, aunque razón de un doble suceso de invención y triunfo, —en la humanidad fraternal y discreta por el universo sin imágenes; —la fuerza y el derecho meditan la danza y la voz solamente hoy apreciadas.

## III

### *Veinte años*

Las voces instructivas desterradas... La ingenuidad física amargamente sosegada... —Adagio. —Ah! el egoísmo infinito de la adolescencia, el optimismo estudioso: ¡cómo el mundo estaba lleno de flores aquel estío! Los sonos y las formas murientes... —Un coro, para calmar la impotencia y la ausencia! Un coro de vidrios, de melodías nocturnas... En efecto, los nervios pronto van a cazar.

## IV

### *Guerra*

Niño, ciertos cielos afinaron mi óptica: todos los caracteres matizaron mi fisonomía. Los Fenómenos se conmovieron. —Hoy la inflexión eterna de los momentos y el infinito de las matemáticas me persiguen por ese mundo en que sufro todos los sucesos civiles, respetado por la infancia extraña y los afectos enormes. —Sueño con una guerra, de derecho o de fuerza, de muy imprevista lógica.

Es tan simple como una frase musical.

## VIDAS

### I

¡Oh las enormes avenidas del país santo, las terrazas del templo! ¿Qué han hecho del brahman que me explicó los Proverbios? ¡Veo todavía incluso a las viejas de entonces, de allá! Recuerdo las horas de plata y de sol hacia los ríos, la mano de la compañera en mi hombro, y nuestras caricias de pie en las llanuras de pimienta. —Un revuelo de pichones escarlatas truena alrededor de mi pensamiento.—Desterrado aquí, he tenido una escena donde representar las obras maestras dramáticas de todas las literaturas. Os indicaré las riquezas inauditas. Observo la historia de los tesoros que encontrásteis. Veo lo que sigue! Mi sabiduría es tan desdeñada como el caos. ¿Qué es mi nada, junto al estupor que os espera?

### II

Soy un inventor de muy distinto mérito que todos los que me han precedido; un músico, inclusive, que ha encontrado algo como la clave del amor. Ahora, gentilhomme de un campo magro de cielo sobrio, intento conmovirme con el recuerdo de la infancia mendiga, del aprendizaje o la llegada en suecos, de las polémicas, de las cinco o seis viudeces, y de ciertas bodas en que mi fuerte cabeza me impedía subir al diapason de los camaradas. No lamento mi vieja parte de alegría divina: el aire sobrio de esta agria campiña alimenta muy activamente mi atroz escepticismo. Pero como este escepticismo no puede en lo adelante ponerse en práctica, y, por otra parte, estoy consagrado a un desorden nuevo, —espero convertirme en un malvado loco.

### III

En un granero, donde fui encerrado a los doce años, conocí el mundo, ilustré la comedia humana. En una despensa aprendí la historia. En cierta fiesta nocturna, en una ciudad del Norte, encontré a todas las mujeres de los antiguos pintores. En un viejo pasaje de París me enseñaron las ciencias clásicas. En una magnífica mansión cercada por todo el Oriente, realicé mi inmensa obra y pasé mi ilustre retiro. He braceado mi sangre. Mi deber me es remitido. No hay ni que pensar más en ello. Soy realmente de ultratumba, y nada de comisiones.

## DEMOCRACIA

"La bandera va al paisaje inmundo, y nuestra jerga ahoga el tambor.

"En los centros alimentaremos la más cínica prostitución. Masacraremos a los rebeldes lógicos.

"¡A los países de pimienta y humedad! —al servicio de las más monstruosas explotaciones industriales o militares.

"Hasta la vista, aquí, no importa dónde. Reclutas de buena voluntad, nuestra filosofía será feroz; ignorantes de la ciencia, enrodados por el confort; que este mundo reviente. Es la verdadera senda. ¡Adelante, en marcha!"

## VAGABUNDOS

Lastimoso hermano! cuántas atroces vigiliass le debo! "No me entregaba fervientemente a esta empresa. Me había burlado de su debilidad. Por mi culpa regresaríamos al destierro, en esclavitud." Me suponía una mala sombra y una inocencia muy extrañas, y añadía razones inquietantes.

Yo respondía con burlas a ese satánico doctor, y acababa saltando por la ventana. Creaba, más allá de la campiña atravesada por bandas de música rara, los fantasmas del futuro lujo nocturno.

Después de esta distracción vagamente higiénica, me tendía en un jergón. Y, casi todas las noches, tan pronto me dormía, el pobre hermano se levantaba, la boca podrida, los ojos arrancados—como él se soñaba!— y me tiraba en la sala aullando su sueño de pesaroso idiota.

En efecto, con toda sinceridad de espíritu, me había comprometido a devolverlo a su estado primitivo de hijo del Sol, —y errábamos, alimentados del vino de las cavernas y la galleta del camino, urgido yo por encontrar el sitio y la fórmula.

## BOTTOM

Siendo la realidad demasiado espinosa para mi gran carácter, —me encontré sin embargo junto a mi dama, como un gran pájaro gris-azul alzando el vuelo hacia las molduras del cielorraso y arrastrando el ala en las sombras de la tarde.

Fuí, al pie del palio que soportaba sus joyas adoradas y sus obras maestras físicas, un

gran oso de encías violetas y pelo cano de penas, los ojo de los cristales y platas de las consolas.

Todo se volvió sombra y ardiente acuarium.

Por la mañana, —alba de junio batallosa, —corrí a los campos, asno, clarineando y blandiendo mi queja, hasta que las Sabinas de los arrabales vinieron a abalanzarse contra mi pecho.

## DEVOCION

A mi hermana Luise Vanaen de Voringhem: —Su cofia azul vuelta al mar del Norte. —Por los náufragos.

\*

A mi hermana Léonie Aubeis d'Ashby. ¡Buh! —la hierba de estío zumbante y hedionda. —Por la fiebre de las madres y los niños.

\*

A Lulú, —demonio—que ha conservado un gusto por los oratorios del tiempo de las Amigas y de su educación incompleta. —Por los hombres.

\*

A madame xxx

\*

Al adolescente que fuí. A ese santo viejo, ermita o misión.

\*

Al espíritu de los pobres. Y a un muy alto clero.

\*

Igualmente, a todo culto en tal sitio de culto memorial y entre acontecimientos tales que sea preciso rendirse, según las aspiraciones del momento o bien nuestro propio vicio serio.

\*

Esta noche, en Circeto de los altos hielos, grasa como el pescado, e iluminada como los diez meses de la noche roja —(su corazón ámbar y *spunsk*). —Por mi sola plegaria muda como esas regiones de noche, y precediendo a bravuras más violentas que el caos polar.

\*

A todo precio y con todos los aires, aún en viajes metafísicos. —Pero no más, entonces.

### REMATE

¡En venta lo que los Judíos no han vendido, lo que ni la nobleza ni el crimen han saboreado, lo que ignoran el amor maldito y la probidad infernal de las masas! lo que ni el tiempo ni la ciencia reconocerán:

¡Las Voces reconstituídas; el alerta fraternal de todas las energías corales y orquestales y sus aplicaciones instantáneas; la ocasión, única, de liberar nuestros sentidos!

¡En venta los Cuerpos sin precio, fuera de toda raza, de todo mundo, de todo sexo, de toda descendencia! ¡Las riquezas saltando a cada paso! ¡Remate de diamantes sin control!

¡En venta la anarquía para las masas; la satisfacción irreprimible para los aficionados superiores; la muerte atroz para los fieles y los amantes!

¡En venta las habitaciones y las migraciones, deportes, magias y confort perfectos, y el ruido, el movimiento y el porvenir que hacen!

¡En venta las aplicaciones de cálculo y los saltos inauditos de armonía! Los hallazgos y los términos insospechados, —posesión inmediata.

¡Impulso insensato e infinito hacia los esplendores invisibles, hacia las delicias insensibles, —y sus secretos enloquecedores para cada vicio —y su alegría aterradora para la multitud!

¡En venta los cuerpos, las voces, la inmensa opulencia indiscutible, lo que no se venderá jamás! ¡Los vendedores no están finalizando el remate! Los viajantes no tienen que devolver tan pronto su comisión.

Ediciones:

# O R I G E N E S

Publicados:

José Lezama Lima: *Aventuras sigilosas*

Cintio Vitier: *De mi provincia*

Eliseo Diego: *Divertimentos*

Octavio Smith: *Del furtivo destierro*

Fina García Marruz: *Transfiguración de Jesús en el Monte*

Lorenzo García Vega: *SUITE para la espera*

Cintio Vitier: *Diez poetas cubanos*

Paul Valéry: *La Joven Parca* (Traducción de M. Brull)

Eliseo Diego: *En la calzada de Jesús del Monte*

Cintio Vitier: *El Hogar y el Olvido*

José Lezama Lima: *La fijeza*

Justo Rodríguez Santos: *La Belleza que el Cielo no Amortaja*

Lorenzo García Vega: *Espiraes del cuje*

Mario Parajón: *El teatro de O'Neill*

Ramón Ferreira: *Tiburón y otros cuentos*

José Lezama Lima: *Analecta del reloj*

Cintio Vitier: *Vísperas*

Mario Parajón: *Magia y realidad del teatro*

Roberto Fernández Retamar: *La poesía contemporánea en Cuba*

Fayad Jamis: *Los párpados y el polvo*

SUSCRIBASE A LA REVISTA

# Sur

Dirigida por  
VICTORIA OCAMPO

Presenta los más selectos escritores  
San Martín 689, Buenos Aires, Argentina

## INVENTARIO

Revista trimestral publicada por Fratelli Parenti,  
Via XX Settembre 30, Florencia, Italia.

•  
DIRIGEN:

L. BERTI y R. POGGIOLI

•  
Suscripción: \$6 para las Américas.

Agentes: G. E. Stechert & Co.  
31 E 10th St., New York City, N. Y.

SUSCRIBASE A:

## The Sewanee Review

SEWANEE, TENN  
U. S. A.

•  
COLABORAN: T. S. Eliot - J. Maritain -  
R. P. Blackmor - Allen Tate - Wallace  
Stevens, etc.

## ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

Directora:

NILITA VIENTOS GASTON

•  
Dirección:

DE DIEGO Y LOIZA

Apartado 1142, San Juan, (Puerto Rico)

Subscripción anual \$3.00

---

---